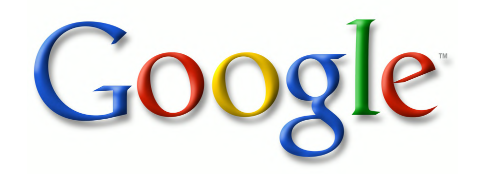


FEDERICO PARREÑO BALLESTEROS

En columna de camino

RECUERDOS, NOTAS Y PERFILES

DE LA GUERRA DE CUBA

POR

Federico Parreño Ballesteros



ALICANTE.—1902.

Imp. de Galdó Chápuli Hermanos

Pelota, 15 y 17

FEDERICO PARREÑO BALLESTEROS

En columna de camino

RECUERDOS, NOTAS Y PERFILES

DE LA GUERRA DE CUBA

POR

Federico Parreño Ballesteros



ALICANTE.—1902.
Imp. de Galdó Chápuli Hermanos
Pelota, 15 y 17

EN COLUMNA DE CAMINO

La mayor parte, todas pudiera decir, de las impresiones que he anotado en este libro, han brotado así, en «la columna de camino», entre las tropas, bravas y duras, que regaron la isla ingrata con ríos de sangre y raudales de sudor.

Va en estas páginas, mucho de lo que he sentido, y de lo que he vivido, en tres años de lucha mortal: y aunque no tengan el mérito de la belleza, nadie podrá disputarles el de la verdad, que también es bella, siquiera sea triste, cuando nos recuerda un Calvario, glorioso, pero tremendo.

La nota viva y brillante de aquel mágico suelo, me ha impresionado muchas veces profundamente. Dudo de que mi pluma, haya sabido darla al repetirla en estas impresiones, pero si ella falta, será por falta

de medios de expresión, no porque no me hayan entrado por los ojos y vibrado en el alma, las ardientes hermosuras de aquel país, ¡donde en cuatrocientos años, nuestra España ha envejecido y caducado!

No sé cuál será la suerte, en el favor público, de estas páginas. Seguramente desdichada, por ser malas como mías; pero yo invito á los que se detengan en la lectura de estos perfiles, trazados muchos de ellos, sobre la perilla de la montura, á que vean á través de estos renglones, no las rudezas del narrador, sino la significación de lo que narra. Debajo de su relato, al levantar la tosca urdimbre, de la forma literaria, aparecerá muchas veces con la dura rigidez del hierro, lo único que ya nos va quedando, lo que yo admiré más en los tremendos días de aquellas luchas: la dureza de la raza.

PLACETAS

I

Placetas 9 de Enero de 1896.

Difícilmente habrá un español que se interese por esta guerra de Cuba, verdadera sangría de la patria, que no haya leido, y releido cien veces, en cartas y telegramas el nombre de este pueblo, que es por su situación, etapa de primera importancia, en las operaciones de la campaña.

En efecto, Placetas, casi corresponde al centro matemático de la Isla. A esa localidad afluye, como extremo terminal la línea que debía ser ferrocarril central de Cuba, y en sus cercanías, nace el río Zaza, que en su extenso trayecto describe y limita, una línea militar de extraordinaria valía. Lógico es, que con estas condiciones, Pla-

cetas sea un verdadero «punto llave», que ha jugado, juega y jugará un gran papel en las guerras del pasado, del presente y del porvenir.

Placetas nació en la guerra de los diez años. La Isla entera, abomina de esa lucha sangrienta que la aniquiló por espacio de dos lustros, y sin embargo, entidades, hoy importantes en su vida social, deben su existencia al batallar tremendo de aquellos días. Placetas, convertido entonces en obligado asilo de los campesinos que huían de la tea devastadora, creció como la espuma y pobre agrupación de «ranchos» primero, en breve se vió sembrado de viviendas aceptables, y en diez años duplicó su extensión y población.

Es cierto, que en ello le ayudó poderosamente la naturaleza. El término de Placetas, es escepcionalmente rico. La caña de azúcar y el tabaco crecen en sus ricas vegas. El ganado era innumerable en sus dilatados potreros. Las cosechas se confunden unas con otras. La campiña vivía en la abundancia, porque el trabajo era contínuo, y la población, al amparo de la labor honrada de sus hijos, creció en la paz y crecerá en la

guerra, porque aquí caen, como benéfica lluvia, la mayor parte de las consignaciones de los numerosos Cuerpos, que tienen aquí sus representaciones.

Únase á esto la escepcional dulzura del clima de Placetas, y se tendrá otro dato que sumar á la razón de su rápido crecimiento. Placetas es un centro donde el emigrante puede sentar sus reales, seguro de que no tiene en el clima un enemigo implacable. Esta localidad debería haber sido en todo tiempo, una estación de aclimatación, para el recién llegado, que aquí encontraría, sino la inmunidad para las endemias del país, condiciones de cierta adaptación que le benefician en alto grado, y arrancarían no pocas víctimas á la muerte.

El trazado de Placetas es de novísimo estilo. Aquí la influencia yankee se filtra en todo y sirve para todo. Placetas tiene todas, absolutamente todas sus calles, tiradas á cordel, cortándose unas á otras, con la geométrica regularidad de la línea recta, y en su dominación háse prescindido, por completo, del viejo nomenclator europeo, y al uso norte americano se llaman Central del Norte ó del Sur, según su orientación.

La vida entera de este pueblo, confluye á lo que se llama «Plaza de Armas», siguiendo la denominación corriente y usual en la mayor parte de las poblaciones de la Isla.

La plaza de armas de Placetas, es un extenso espacio cuadrado, que en su centro se engalana con un jardín, tan pequeño como lozano, dentro del cual, en los días venturosos de la paz,—mejor dicho en las noches—se colocaba la música de la compañía de voluntarios, llenando el aire de acordes, que á muchos parecían armoniosos y á otros, por ley del contraste, parecíannos estrepitosos ruidos, donde se adivinaban, antes las leyes del buen deseo, que las leyes de la armonía. Por este paseo circulaban, en las noches de retreta,—así se llaman por estos paises las que por ahí se llaman «noches de música»,—las beldades placeteñas y deslizábanse más ó menos atractivas, blancas de seductora blancura, mulatas de todos los tintes imaginables, y negras del tinte más negro que se puede imaginar; todas codeándose, en igualitaria confusión, almidonadas, llenas de esencias, dejando en el aire un rastro perfumado y dejando en nuestros oidos, las inflexivas languideces de un lenguaje,

lento y cadencioso. Hoy huyeron las noches de retreta. Buena parte de los jóvenes que concurrían á la plaza de Armas, para extasiarse en dulces veladas, con el color de sus respectivas beldades, están en la manigua dedicados á la grata ocupacción de cazar «patones» por supuesto, bien escondidos, por si les toca ser cazados.

La plaza de Armas quedó solitaria y desierta, convertida en estancia donde pasta el ganado de alguna fuerza, de paso por la villa. Destácanse en la plaza, cuatro ó cinco puntos, que para los españoles son verdaderos puntos cardinales. El Ayuntamiento, sencillo edificio de fábrica, que tiene instalada en su terraza la Estación telegráfica del Cuerpo de Ingenieros. El café del Louvre y el café de Vázquez, donde nos aburrimos cuando ya estamos cansados de aburrirnos en otra parte; y la casa de D. José Fortun, rico propietario de esta localidad, digno de todo respeto por la cultura y afabilidad de su trato, é hijo del coronel Fortun, que fué un verdadero patricio, á quien Placetas debe gran parte de su prosperidad, y á quien España debe gratitud, por la fortuna y el valor, que en la pasada guerra, des-

plegó, defendiendo su bandera. Y por último destácase en la plaza, el Hotel de las Tullerías, distinguida posada, tortura de mi estómago, espanto de mis ojos y castigo de mi olfato, donde comé gran parte de la población flotante de Placetas.

Nada es comparable á los tormentos que en estas posadas—aquí se llaman hoteles—sufre un europeo recién llegado. Imagináos á las doce del día, un espacio reducido, lleno de moscas, encendido por una temperatura sofocante. Imagináos un servicio de mesa, donde todo sirve para todos, y un muchacho—gallego por lo regular,—en mangas de camisa,—cuando la lleva,—bañado en sudor, y armado de un lienzo de negruras horripilantes, sirviendo plato tras plato; y el que aún lleva en la memoria la agradable limpieza de la mesa familiar, convierte la hora de la comida en hora de martirio; hora en que lucha desesperadamente, con el polvo posado en la loza, con los mosquitos que se ahogan en el vino, con el sudor que le aniquila y con la estrambótica rareza de estos «menús» cubanos, llenos de especies excitantes, como condimentados para estómagos muertos, y presididos por la inevitable carne

de puerco, que aquí es precisa en la mesa, como el acompañante de San Antón es indispensable en la mayoría de las casas, donde con el rango de animal doméstico, juega con los niños, dormita en brazos de las viejas y disfruta el halagador tributo de las caricias de las jóvenes.

Perdonado me sea esté párrafo de sabor naturalista, y venid conmigo á la iglesia de Placetas. Desde mi ventana la veo. Todas las mañanas, cuando la abro, me mira ella cariñosa y me enseña la suave oscuridad de su seno, por su gran puerta, abierta de par en par. Placetas, que es un pueblo rico, tiene una iglesia, pobre de toda pobreza. Un barracón de madera pintada de amarillo. En uno de sus extremos, una torrecilla cuadrangular, que parece una caperuza de cartón. Pero allí está la Cruz, allí está la campana. La cruz que me saluda, inmóvil en la expléndida serenidad de este cielo intensamente azul, cuando vuelvo al poblado, desde las lobregueces de la manigua. ¡Aquí te espero para consolarte!—pienso que me dice al verla.—Aquí estoy para venerarte; digo al pasar por delante de ella; y saludo reverente á aquellos dos palos cruzados, y ante ellos me

descubro y me llenan los ojos de júbilo, como me llena el oido de alegría, el tañido de esta campana, que apenas si suena cada ocho días, cuando llama á misa á los fieles y los fieles casi no van, porque aquí... hay poca costumbre.

La iglesia de Placétas, no es mayor que el espacio ocupado por esa Redacción. Al frente un sencillo altar, con un cuadro que es la imágen del patrón, y ya se acabó el templo. ¡Escaso espacio para un pueblo grande! Quizás por eso el pueblo no vá y la Iglesia languidece en tristes soledades, llenando en vano el espacio, con sus clamores, por la lengua de su campana. ¡Pobre iglesia, tan triste y tan sola! Pero á fé que en estos días ha tenido horas de solemne júbilo. El alma española, ha llenado, aquellos recintos con oraciones fervientes para el bien de amados ausentes y por el alma de muertos heróicos.

Las cornetas de nuestra brava infantería, han hecho temblar los muros del barracón, con el estrépito de sus notas y las armas, ensangrentadas en la manigua, se han rendido allí en holocausto de Cristo, con la fe propia de estos pechos, alimentados con las

viejas creencias, de nuestra vieja, de nuestra amada patria.

Placetas, es hoy un campamento. Aquí residen el batallón expedicionario de Búrgos, medio batallón de San Marcial, el batallón cazadores de Cataluña, un escuadrón de húsares de Pavía, dos escuadrones movilizados de Camajuani, una sección de artillería de montaña y una compañía de transportes de Administración Militar. Aquí se vive en plena vida de campaña. Soldados y soldados, por todas partes. De noche, sobre todo, la obsesión de la patria, parece una realidad.

Los cantos do la tierra, resuenan por todas partes, bajo los colgadizos donde se alojan los soldados, cuyas siluetas se destacan entre la roja luz de las hogueras; más la visión sangrienta de la guerra, vuelve pronto á los ojos, porque despnés del toque de silencio, resuena sin cesar el «quien vive» de los centinelas, y con él resuenan los disparos, con que las parejas enemigas, que merodean en las inmediaciones, molestan á los fuertes, guardadores de este pueblo, que en razón de justicia debía idolatrar á las tropas, pues la enriquecen con su oro y la amparan con sus fusiles.

II

EN MARCHA

—Los ardientes días de Cuba, tienen dos momentos verdaderamente hermosos. El crepúsculo de la mañana y el crepúsculo de la tarde. ¡Qué magnífico el amanecer en estos campos espléndidos! El intenso verdor de esta vegetación maravillosa, brilla como esmaltado, bajo la capa de rocío que en el follaje depositó la humedad de la noche. Las oscuras maniguas, lanzan, como focos gigantescos de sorda ebullición, inmensas masas de blanquecinos vapores, que desde lejos, fingen mares inmóviles; y por encima de ellos, el primer rayo de sol, trasparenta su resplandor sonrosado, pugnando en vano,

por romper aquellas gasas tupidas, de emanaciones acuosas, que la tempestad desplomó sobre la tierra, y que la tierra á su vez, devuelve al cielo, para manchar su soberana limpidez.

Grandioso es el batallar entre la luz que baja del firmamento y la sombra que sale de los bosques. Primero, es un rayo de oro que atraviesa los montones de niebla, dejando un lampo de fuego en el espacio. Luego un semi-círculo de luz, que deslumbra, que ciega, ceñido como regia corona, sobre aquel torbellino de vapores, ya roto en informes trozos y diseminado por los espacios en colosales girones; luego es el sol de los trópicos, erguido sobre un trono de nubes purpuradas, besando los campos con un reflejo tibio y suave, encendiéndolos un instante después, al envolverlos en un manto de rojas lumbres.

Bajo él, avanza la columna, que á la primera claridad del dia dejó su campamento, y que adelanta presurosa para aliviar su marcha, acelerándola en lo posible, durante las frescas horas del amanecer. Allí vienen los exploradores de la caballería. Sus parejas, ágiles y ligeras, verdaderos ojos de la co-

lumna, tan pronto aparecen en las cumbres de las lomas, como en el fondo de los barrancos, como en el umbral de los bohíos abandonados. Llegan á todas partes, miran y escudriñan y en cualquier punto del horizonte, descubre la mirada ansiosa, la silueta de un ginete, que con la tercerola afianzada, explora y vigila el terreno que la columna ha de pisar.

Detras viene la vanguardia, precedida de su punta de caballería: luego el Estado Mayor, la artillería, el cuerpo de la columna, la impedimenta y la retaguardia, con su sección de exploradores.

Aun no es intenso el calor. El soldado marcha con la ligereza proverbial en la infantería española. Toda la columna, respira brío y actividad; y kilómetro tras kilómetro, se desliza por angosto sendero, llenando el campo, con el alegre rumor de cien animadas conversaciones.

Pero ya avanza el día tropical. Son las diez de la mañana, la hora del calor terrible en estas latitudes. Los campos parecen dormidos en el enervamiento de una temperatura abrasadora. La brisa, duerme, también, como si el centelleo del sol quemara

sus alas. El azul del cielo, brilla como una bóveda de acero bruñido.

El aire, enrarecido, sofoca. Las ramas queman: la tierra abrasa, y el soldado, ya mudo, avanza con el sombrero caído para dar un poco de sombra á su frente; con el fusil reclinado sobre él hombro; con el cuerpo bañado en sudor, que empapa sus ropas, y que aparece sobre sus espaldas, remojándolas copiosamente.

La sed, la sed rabiosa, tormento de las marchas, castiga todos los lábios; se buscan ansiosamente los charcos de agua, perdidos entre las quebraduras del terreno; y los hombres, arrojaríanse sobre los charcos, con el impulso de una necesidad material penosamente sentida, y devorarían avarientos, aquella agua envenenada, si la voz de los oficiales no impidiera á la tropa, abrevarse en aquellos cenagales corrompidos.

¡Pobre soldado de infantería, cuán grande me apareces en esta odisea, á través de los campos cubanos! ¡Cómo he visto fulminar tus ojos de coraje, mirando las lejanas maniguas, desde cuyo seno, el enemigo cobarde y traidor, atisba tus tormentos en estas inmensas sabanas! ¡Pobre héroe descono-

cido, perdido en el montón de la compañía, que avanzas trabajosamente con la lengua seca y los piés desgarrados, cómo te admiro, viéndote luchar con este sol que te aniquila; devorando, por el esfuerzo de tu voluntad y por el culto á la disciplina y el amor á la bandera, leguas y leguas, en estos dilatados potreros, donde la yerba bruja te abrasa y te corta las piernas, como si fueran sus ramas, ramas de acero caliente, allí puestas por la mano del enemigo!

Allí está el bosque. Ha surgido bruscamente, como un monolito de follaje. Su entrada es un agujero, detrás del cual, se adivina la dulce frescura de la sombra. Por allí entra la columna. Debajo de una inmensa bóveda de verdura, serpea un sendero, por donde los hombres, de á uno, en fila indiana, avanzan penosamente, resbalando sobre el suelo arcilloso, empapado por una humedad eterna. Dentro de la espesura, el frío húmedo llega hasta los huesos, congela el sudor y sacude los nervios con punzantes escalofríos; no llega la luz que abrasa al fondo de la manigua, pero tampoco llega el oxígeno que conforta. Nada más grandioso que la profundidad de estos bos-

ques inexplorados. Arboles gigantescos, troncos centenarios diez veces, entrelazan sus copas de soberbias amplitudes. Las caobas se tuercen con bárbaras torceduras; el cedro y la palmera, engalanan su esbelta gallardía con pabellones de pomposas enredaderas.

Los arbustos más extraños crecen unos juntos á otros, con la poderosa pujanza de una vegetación siempre virgen.

Junto al espino colosal, que punza como el acero, abre su expléndida corola, la pasionaria salvaje; junto al arbol medicinal, el arbol venenoso, que hiere con su sombra; y por encima de todo esto y sobre todo esto, las lianas y los bejucos, saltando de un tronco á otro, de una á otra rama, ligándolo todo, invadiéndolo todo; formando una inmensa red, fuerte cual de alambre; como las raíces de todo este «pandemonium» vegetal, forman, descubiertas por las aguas, otra red en el suelo, en cuyas mallas, los caballos se enredan y los hombres tropiezan, resbalando, espantando á los pájaros de la selva, con sus gritos, sus juramentos y sus blasfemias.

Así avanza lentamente la columna. Así

llega á los anchos lodazales que enagan los declives del bosque.

Por ellos saltan la mayoría de los soldados, con la pujanza de los veinte años; algunos, enterrados en el cieno hasta la cintura, navegan en aquel negro lago. Por otro lado, un caballo ya aniquilado, se revuelca con su ginete, sin bríos para salir, y cuando todo ha pasado, aún resuenan las roncas voces de los artilleros, animando á los valientes mulos, que saltan sobre el barro por un prodigioso esfuerzo de sus músculos de acero; y luego resuenan los gritos de los acemileros, que en vano excitan y apalean al ganado, que ya rendido, cayó en el barro con la carga de municiones ó con el saco de la menestra.

Ya está la columna en el limpio. Ya sé reorganizó. Llenó sus claros y otra vez en orden de marcha, emprende su jornada.

De nuevo el sol la muerde con sus rayos implacables, la enerva y la abruma. ¿Créeis que ya han terminado los quebrantos de su calvario? Mirad aquella línea de erguidos árboles, que cierra el horizonte. Allí está el río, mejor dicho, el torrente desbordado por las lluvias periódicas. A él va la columna.

Ya pasaron los exploradores de la vanguardia, casi á nado de sus caballos. Ahora va la infantería. Los soldados miran recelosos, aquellas aguas turbias, que encajonadas entre las altas riberas, bajan espumantes, rodando con estrépito, sobre el lecho de piedras puntiagudas; pero no titubean los bravos peones: entran en la furiosa corriente, haciendo resbalar sobre ella el eco de sus risas, y hundidos en el agua hasta el pecho, con el fusil y los cartuchos en alto, atraviesan el ancho cauce, con la pausada lentitud del que á cada paso, siente que el suelo falta bajo su planta, aquí cayendo, allí levantándose, hasta tocar la opuesta orilla, para formar en las compañías, que se rehacen en la cima de la pendiente.

La artillería de montaña penetra en el río. Los mulos bravíos, asustados por la corriente y hostigados por las escabrosidades del fondo, se irritan, se encabrican y cocean. Allí está la mano férrea de los artilleros; sus cuerpos, sirviendo de firme puntal á la bestia que resbala, luchando con ella á brazo partido, pasándola en volantas, dejando el cañón y las cajas en la opuesta orilla, tomando su puesto en la formación, después

de este trabajo hérculeo, rendidos de fatiga, desgarrados, jadeantes, pero orgullosos por el cumplimiento del deber.

El río quedó atrás. La columna reorganizada, emprende la marcha, secando al sol el agua que la empapa Ya el camino es un despejado sendero, serpeante entre olorosos guayabales. La brisa de la tarde se levanta y orea las frentes. La animación renace. El poblado está cercano. Sobre las largas filas, comienza á flotar la animación de una tropa que se siente fortalecida; pero mirad el cielo: á lo lejos flota ya un punto negro, y retumba un sordo trueno. La suave brisa refrigerante, se agita en ráfagas huracanadas; la tormenta se está fraguando: el viento y el trueno son los gritos de su rápida gestación y pronto avanza el nublado, denso, negro, imponente, velando el sol, oscureciendo el día, y la borrasca estalla con toda su grandiosa magnificencia.

El vendaval arrecia poderoso, sacudiendo las rígidas palmas, que se doblan y retuercen con silbidos de serpiente. Pueblan el aire, gruesas gotas de agua, pesadas y ardientes, como si fueran de plomo fundido, y tras llas, en un instante, como si por inconcebi-

ble cataclismo, el mar, suspendido en los aires, volcara sobre la tierra desplomándose sobre ella, emormes raudales, que azotan los árboles con crugientes chasquidos, culebreando al impulso del viento como fustas, movidas por manos de hierro en vertiginosos torbellinos, y que se arrastran como raudas cataratas, reflejando el resplandor del relámpago, mientras el cielo lleno de aterradoras negruras, se abre una y otra vez, incendiado por el rayo.

Bajo este importante batallar dé los elementos, van desfilando los soldados; algunos envueltos en sus mantas, que los sofocan, empapadas por el agua; la mayor parte, sufriendo el turbión á cuerpo descubierto, con estoica impavidez; muchos, renegando al sentir sobre sus espaldas, la ración de pan, convertida por el agua en masa informe: algunos, tiritando por el frío de la calentura. Y en medio de la tarde, ya cerrada en lluvia, ganan el mísero poblado, donde los más dichosos, tendrán por albergue el colgadizo de alguna casa.

Ya duerme la columna. Reposa abrazada á sus armas. ¡Sueña quizás con la gloria, de seguro con la patria! ¡Qué dulce y qué pro-

fundo el sueño del soldado! Suena un tiro en la espesura inmediata. Es el enemigo. Traidor y cobarde, no osó atacar á la columna en campo raso, y viene á molestar su reposo. Alguna avanzada contesta y la columna duerme tranquila. La serpiente silba para turbar el sueño del león, pero el león desprecia á la serpiente, y ¡ay de ella, si se atreviera á atacarle en el lugar donde reposa!

III

DE BAILE

No siempre ha de ser mi pluma narradora de tristezas, ni intérprete de profundas amarguras, ni creo que los lectores me fustigarán con su reproche, si por esta vez, intento describirles, un baile á la cubana.

La primera vez que tuve ocasión de presenciarle, fué en un hermoso pueblo de la jurisdicción de Sagua, á donde llegó mi columna. después de una marcha penosísima, cuando ya eran dadas las doce de la noche.

Recuerdo perfectamente, que desembarcamos en el paradero de «la Perra»; tiroteamos la retaguardia de una partida, que

nos hostilizó mientras formábamos; perdiéndose, evaporándose, más bien, en la manigua, en cuanto se formalizó el ataque; proseguimos despnés nuestro objetivo, y fuimos á dar en el poblado, en las primeras horas de una madrugada cálida y serena del mes de Agosto, tan hermosa, como espantables fueron la tarde y la noche; aquella hosca y sombría, espirando prematuramente, bajo un cielo tormentoso: esta húmeda y negra, desesperante, anegándonos entre densos torbellinos de vapores acuosos, que se infiltraban hasta los huesos, apesar del impermeable: hundiéndonos, perdidos en las tinieblas, en las charcas de estos caminos, entre espantosos lodazales, donde tan pronto es poner la planta, como sentirse sorbido por la tierra, que parece abrirse, para tragarse al que sobre ella gravita.

Recuerdo bien que en semejante noche y en semejante marcha, creí renovar los azares de aquel héroe de la leyenda mitológica, que arrojándose en las aguas de la Estigia, creyó encontrar en ellas, el eterno beleño del olvido.

Sucedió, dicho en términos vulgares, que mi caballo fué á dar en una ciénaga, donde

ya había naufragado toda una sección del escuadrón, y allá fueron caballo y caballero, batallando en un torbellino de lodo, revolcándose en sus espesas ondas, haciendo coro á los juramentos de un batidor de Húsares, que cercano, se debatía en aquel trance, turbando con el furioso manotear de su cabalgadura, las imponentes masas de aquel lago negro; y aun cuando el auxilio, fué tan rápido como el percance, ocioso es decir que al pisar la tierra firme, ginetes y monturas semejaban informes bloques de betún, y que al apearnos en la plaza del pueblo, fué nuestra primera demanda, la del agua, precisa para un aseo incompleto, que para el total, preciso nos fué entregar á los rigores de la legía, los «fluses» mal librados, de semejante tribulación.

Acogiónos el pueblo, no obstante lo intempestivo de la hora, con muestras inequívocas, que no me atrevo á llamar de sincero regocijo: es verdad, que el egoismo no andaba muy lejos de la obsequiosidad, pues el Dr. Zayas, merodeaba muy cerca, y los honrados vecinos, no las tenían todas consigo y para ellos, nuestra columna representaba el áncora de salvación. Ello fué, que nos pro-

porcionaron comida abundante y caliente; nos colocaron, en la sala concejil, limpios catres, vestidos de fresca y limpia ropa; y cuando después de haber dormido diez horas de un tirón, nos preparamos á buscar donde almorzar, supimos con pena, que el Municipio nos preparaba un banquete.

Siempre he tenido horror á esos festivales donde á la hora en que hace falta más reposada placidez, para el éxito completo de la digestión, comienza el período de los brindis, que es el período más angustioso que conozco. Felizmente, el banquete aquél, fué un banquete mudo, y la primera autoridad popular, limitóse á pronunciar breves frases de bienvenida, levantando la copa llena del vino más usual en Cuba, del «fabricado» en Cienfuegos, poniendo á disposición de la columna, cuanto el pueblo era y cuanto en el pueblo valía.

La mayor parte de la oficialidad, gente joven y alegre, resolvió entonces, corresponder con un obsequio á tal espontaneidad, y quedó acordado, por mayoría absoluta, la celebración de un baile, costeado por nosotros; y en el acto, nombradas la comisiones que eran de rigor, comenzaron los trabajos

preparatorios, encargándose del más arduo, ó sea de la invitación personal de las muchachas, un simpático teniente del batallón de Alfonso XII, auxiliado por otro joven oficial de Caballería, que por ser del país y conocido en la localidad, era una garantía para el éxito de la empresa.

No debió ser ésta muy fácil, porque al caer la tarde, cuando reunidos en cónclave los oficiales, se dió cuenta de los trabajos realizados, se hicieron patentes, las augustas vacilaciones de algunas niñas, que sin atreverse á defraudar con un rotundo «no», la galante invitación de los oficiales, no empeñaron su palabra de asistir al festival. Más feliz la comisión de trabajos interiores, dió cuenta de su cometido, haciéndonos saber que el confitero, se comprometía á montar expléndidamente el «ambigú» y que la música local, concurriría con todo el personal presente en la plaza, lamentando su digno Director, la ausencia de algunos elementos valiosos, que militaban en las hordas de Zayas y Castillo, como núcleo de las futuras bandas militares de los batallones insurrectos.

Llegó la noche, y no eran dadas las nueve, hora prefijada para el comienzo de la

fiesta, cuando ya la oficialidad de la columna, esperaba en el colgadizo del Casino español, el anhelado momento, en que las bellas de la localidad, esmaltasen los salones con su hermosura. Dieron las diez, y el elemento femenino, seguía brillando por su ausencia; pero al fin, en el fondo de una calleja, apareció la comisión invitadora, con una cohorte, sino muy numerosa, muy lucida, de distinguidas señoritas, y en un momento, la desierta sala,se llenó de animación, y las bellas tomaron asiento en los balances, colocados formando ancho círculo, en todo el ámbito de la habitación.

No estaba mal representada la hermosura americana, en aquellas dos docenas de jóvenes. En ellas, predominaba el tipo general de esta raza, fina, ardiente, nerviosa; pálido el color, con el tinte poético de la anemia, que aquí, agosta prematuramente la belleza y la energía; ancha la frente, lánguidos y soñadores los ojos, correcta la nariz, regular la boca, gallardo el cuello, esbelto el cuerpo, no muy rico en curvas, pero sí, espléndido en elegantes líneas. En alguno que otro rostro, algún vestigio, en la nariz ó en el labio, de otra raza inferior, pero tan des-

dibujado, tan incierto, que por dar á la fi-o-nomía, cierta deliciosa rudeza, resulta agradable y atractivo. En el vestir, la sencillez más elegante; muy pocas flores en el prendido; aquí donde la naturaleza, tiene tan colosales magnificencias, no tienen las mujeres el amor á las flores, que en España. Sencillo peinado, caido sobre las orejas; anudado el pelo, por detrás, con una cinta; nada de ostentación en el traje: el descote «descotado»; tal vez en España, no lo vistiera una muchacha soltera; pero esto no es calificarlo de atrevido; malicioso, sin ser osado, ni aprisiona tesoros, ni descubre lo que el pudor no quiere que se descubra; probablemente, aquí es preciso; de todas maneras, contrasta con el jigantesco cuello «parado» que aquí es muy usual en el hombre, para toda reunión, adonde se va algo vestido; horribles cuellos, de seis dedos de ancho, duros como una tabla, dentro de los cuales, las víctimas de la elegancia, sufren los tormentos del potro, y un aguacero de sudor, que á la media hora, convierte el ostentoso cuello, en ridículo collar.

Pronto despertó la orquesta, y ¡qué terrible despertar!

Hallábase constituída, por varios instrumentos de metal, un par de timbales y un armonium colosal; y cuando aquella murga, produjo el primer sonido, yo creí que las trompetas de Jericó, estremecidas por el aliento de cien pulmones titánicos, vibraban en el Casino. Tal fué el estrépito, que cornetines y trombones, levantaron, haciendo coro á los agudos del órgano, que con sus notas duras y chillonas, rivalizaba en estruendo, con los golpes secos del timbal y con las ásperas resonancias del güiro.

¡Cuadro digno de un pintor impresionista, de los hoy tan en moda, aquellos músicos donde los negros, eran la mayor parte! Desempeñaba el papel de director, un primer cornetin, hombre hercúleo, que lograría mover con un dedo, una campana de catedral: las anchas manos, se destacaban como dos bloques de carbón, en la brillante limpidez del instrumento; sus dedos de coloso, caían sobre los pistones, con presiones brutales, y cuando la fisonomía del director,se animaba, en los pasajes salientes de la partitura, con las dificultades de la ejecución, sus ojos lucientes, parecían girar desesperados, debajo de los párpados, nerviosamente abiertos; las

narices dilataban su ancha base, con resoplidos de horno, mientras en los carrillos hinchados y en el cuello turgente, las venas, soberbiamente acusadas, se dibujaban como cables en máxima tensión, en tanto que el cuerpo,seguía con sus movimientos,el ritmo del fragmento ejecutado.

En Cuba, por lo general, el repertorio de los bailes en uso corriente, es muy limitado. Mucho danzón, mucha habanera, alguna polka, un wals lento, de marcadas y reposadas cadencias y por escepción, alguna mazurka, donde los aficionados sobresalientes pueden lucir sus habilidades, á costa de un torrente de sudor, que á los cuatro compases, les dá el aspecto de un bizcocho borracho.

El baile, de que yo era espectador, comenzó como es de rúbrica, con un wals; un wals titulado «Sobre las olas» que aquí es tan popular, como en España los coros de «La Verbena de la Paloma», y que en razón de verdad, es una bella composición. No tuvo muchos devotos, esta primera pieza ejecutada, pero algunas parejas se lanzaron á bailar y yo, logré inaugurar mis observaciones de curioso. Hay que convenir en que,por punto neral, la mujer cubana, sabe bailar con

elegancia, sabe confiarse á su pareja con esa dulce intimidad, que es acaso el único encanto del baile, y ágiles y ligeras, se dejan llevar, contrastando la gallarda ondulosidad de sus movimientos, con cierta afectada seriedad del hombre, contraste que roba á la pareja, la armonía precisa para ser artística, agravada con la costumbre, aquí bastante general, y aunque general «cursi», de interponer el hombre, un pañuelo, entre su mano y la cintura de su pareja, precaución que yo no sé, si tendrá por objeto, no molestar con una mano extraña, el contorno purísimo de un talle virginal, ó si es prudente recurso para evitar, que el sudor masculino, manche las satinadas blancuras, del traje femenil.

Y como aquí se baila despacio, cada pieza se prolonga mucho tiempo, y más que todas el danzón; detalle propio y peculiar de las fiestas bailables de Cuba, y que merece capítulo aparte.

El danzón, dentro de los bailables cubanos, es casi una institución. Los europeos creen que es ni más ni menos, que una habanera, y profanándola, por punto general, se arriesgan á bailarlo. Yo creo que el danzón no tiene semejante: es algo propio de la

tierra americana, porque lleva en su cadencia y en su desarrollo, todas las indolencias de estos climas, todas las fulguraciones de este sol abrasador, todas las tempestades de este cielo, y todas las dulzuras de estos crepúsculos, tan breves como hermosos. La música del danzón, no tiene, al menos para mi oído, las dulces armonías de la habanera, y si un poeta quisiera delinearla con una comparación, parecida á la realidad, podría decir que su desarrollo rítmico, semeja un suspiro de amor prolongado, profundo; ya lento, como reprimido por placenteros miedos; ya rápido, como turbado por espasmos de pasión. El metal, lleva la voz cantante, y desarrolla el tema de la composición: el timbal y el güiro, hacen el acompañamiento; pero no es el acompañamiento obligado: es una inmensa serie de tonalidades distintas, dulces, graves, tiernas, salvajes á veces; parece que las diferentes partes de la orquesta, se dicen algo, con lenguaje confuso y atropellado, lleno de inusitadas violencias y de fugaces nerviosidades, ya en son de cariñoso diálogo, ya en tono de enamorada réplica.

A veces, se destacan notas tiernísimas, que recuerdan el grave murmurio de los

cursos de agua, en las cañadas bordeadas de palmeras, pobladas de pájaros; luego, las notas resuenan discordantes, chillonas, como el ruído de una banda de cotorras, alborotando en un platanal, y después, cuando el danzón va á terminar, la orquesta resuena con sonidos suaves, como el de una respiración dulcemente fatigada; el timbal, se calla poco á poco, haciendo vibrar su parche, con golpes adormecedores, y la música se extingue lentamente, como un beso que poco á poco se difuminara, en un estallido colosal, suavemente prolongado.

El danzón, se baila aquí, de una manera admirable. Yo creo que uno de los méritos más relevantes de él, es que cada pareja amolda el ritmo de la música, á las impresiones de su sistema nervioso.

Algunas lo bailan veloces, rápidas, como agitadas por un vértigo; otras, como hipnotizadas por la cálida dulzura del compás, se dejan ir al impulso de sus lentas cadencias; y es verdaderamente sugestivo, el encanto que la mujer americana presta á este baile, que en cualquier salón europeo, sería de muy difícil acceso, y que aquí, dulce, lánguido como es, resulta impregnado de perezosa

elegancia, lleno de seductoras indolencias. Se percibe claramente, que la mujer siente vibrar dentro de sí, las apasionadas notas de aquella extraña melodía; se ve que siente correr por su sangre ardiente, el hálito de ternura que palpita en ella, pero se vé también, que en su innata delicadeza, ha sabido encontrar la forma para hacer que resulte elegante y agradable, un baile que, sin el instinto con que aquí se cultiva, corre gran peligro de hacerse soso, ó de resultar grosero.

Hallábase el baile en su mitad, cuando ostensiblemente se apreciaron en él, signos de próxima batalla, traducidos en la expresión contrariada de algunos oficiales, que aunque refrenando su disgusto, dentro de los límites de la buena educación, dejaban que se trasparentasen, en su lenguaje y en sus acciones, lo suficiente para que no fuera desconocido por quien debía conocerlo.

Es el caso, que las bellas señoritas de la localidad, cuando ya iban ejecutados cuatro ó seis números del programa, aún no se habían dignado conceder á ningún oficial, el inapreciable honor de servirles de pareja. Llegaban tenientes y capitanes, á los pies de

las hermosas, con la rendida solicitud del que ofrece sus respetos, como debido homenaje á la honra que va á recibir, y las hermosas, vistiendo su fisonomía con el gracioso mohín del desdén, respondían con un discíplente «no bailo», al galante ruego del caballero; y no era esto lo peor, sino que á los pocos momentos,llegaba ante ellas algún pollnelo almidonado, tal vez anémico vástago del barbero, del fiel de fechos, ó del albeitar, y aquellas gallardas beldades, no vacilaban en abandonar su cintura á la mano, no siempre limpia, del solicitante, previa la interposición del pañuelo consabido, para evitar en los cendales de la hermosura, los estragos del sudor.

— Semejante conducta,causó en un principio sorpresa, luego dolor, y luego ciego deseo de venganza, que dió lugar á que resultasen en aquel salón, dos bailes, «paralelos». Quiero decir, que mientras en la sala principal, las hermosuras indígenas, se solazaban con los bailarines criollos, sin permitir la ingerencia del elemento «pagano», que acaso por ser español, se quería hacer ó aparecer como extraño este elemento, por el cual ya comenzaban á circular vientos deira,organizó, para

su uso particular, otro baile en la contigua galería, donde entre ruidosas carcajadas, barbudos capitanes y alfereces barbilampiños, sirviéndose mútuamente de pareja, se solazaban, ya con la polka rápida, ya con el apasionado danzón.

No cayeron ó no quisieron caer las bellas desdeñosas, en que todo aquello podía ser burlesca protesta, á su injustificada esquivez, y continuaron imperturbables, favoreciendo con su preferencia absoluta, al elemento masculino de la localidad, preferencia tanto más justificada, cuanto que aquellos almibarados señoritos, se lanzaron sin miramiento alguno, sobre los dulces comprados con el «oro Español», y tuvieron propicia ocasión de mostrar su exquisita galantería, sirviendo á las muchachas ya la yema enconfitada, ya el quesito helado, que ellas mordían con elegante parsimonia, sazonando la dulzura del bocadito, con maliciosos comentarios, que los oficiales traducían fielmente, por alguna que otra mirada, llena de burlona expresión, fortivamente asestada, á la galería donde ya se fraguaba la tormenta.

Comenzaba la segunda parte del baile: ya la orquesta se desperezaba en el ruidoso

preludio de un wals: ya se disponían ellas y ellos, á digerir entre sus rápidas vueltas, los dulces, no pagados ni agradecidos, cuando sonó la hora fatal, en vano retardada por los buenos oficios del alcalde municipal, que apercibido del tremendo conflicto, pretendía, en vano, conjurarlo con su diplomática mediación. Un teniente de infantería, impuso silencio á la orquesta, con un vigoroso puñetazo, aplicado al parche del timbal, y la orquesta enmudeció, parando en firme, con estupefacción de los que bailaban. Algunos jóvenes, que merodeaban por el ambigú, favoreciendo á los merengues con insistente preferencia, salieron en retirada, al olor de la quema, llevando frente y mejillas, convertidos en plato de merengada, y mientras en el salón, las niñas y las mamás, levantaban sordos murmullos de extrañeza, á la voz de «¡á la calle todo el mundo!», apagóse todo el alumbrado, en tanto que allá, en las obscuridades de la repostería, resonaba inusitado estrépito de loza rota. Eran todos los platos de confitería, que rodaban por el suelo, impidiendo oir, con el ruido de su caida, el estallido de algunas bofetadas, vigorosamente aplicadas, en los mofletes de ciertos

caballeros que se permitieron levantar tímidas protestas contra aquella brusca interrupción del festival.

Bajaban señoras y señores por las escaleras del Casino, como banda de palomas que levanta asustada su vuelo, y al trasponer las puertas que antes traspasaron triunfantes y por las que ahora salían fugitivos, recibieron como ovación de despedida un huracán de silbidos, con que los obsequiaba todo un batallón de infantería, que atraido por el rumor de la música presenciaba por las ventanas la fracasada fiesta.

Perdonadas sean, las que cometiendo un crimen de lesa cortesía, así fueron culpables de que aquélla se turbara: á bien que para descargo suyo, y en muchas y parecidas ocasiones, he visto á la juventud cubana conceder á la oficialidad del ejército todas las distinciones que son de uso y de rúbrica en una sociedad bien educada.

IV

Un perfil de la guerra

Una de las mayores satisfacciones que he experimentado en estas tierras, donde á la verdad, son tan escasas, fué la sentida en el momento en que mis pies pisaron las mal unidas tablas del mal llamado muelle de «La Isabela», pequeño pueblecito que por estar asentado en la desembocadura del río Sagua, tiene bautizado su puerto con el nombre de «La Boca de Sagua.»

El viaje de la Habana á Caibarien, por la costa Norte de la Isla, es una verdadera penitencia que llevo apuntada entre las que por mis muchos pecados, llevo sufridas

en este hermoso suelo. Realízase la travesía en incómodos vapores costeros, que saltan como nueces sobre las crestas de las olas, eternamente desgarradas entre una red de escarpados cayos, y eternamente hostigadas, por Nortes duros y violentos.

Yo venía en el vapor «Adela». Desde su cubierta, ví perderse en la inmensidad de la noche, la silueta de la Habana, expléndidamente perfilada frente á la adusta fortaleza del Morro, con el azulado resplandor de sus mil focos eléctricos.

Al rayar el alba saludé la hermosa bahía de Cárdenas, abrazando con el pesar de la separación á un amigo queridísimo, á quien impulsos del deber militar, han traído á la guerra; y no había salido el sol, cuando el pasaje del «Adela» entraba de lleno en las espantosas angustias del mareo.

Aún recuerdo, antes de perder la conciencia del sentido, que algunas millas mar afuera, estaba anclado el crucero «Infanta Isabel», vigilando los hoscos grupos de quebrados cayos, que se levantan en la costa, como madrigueras del separatismo. Luego nada: el rumor del mar, resonándome en la cabeza, como el zumbido de un cañonazo

eterno: el ruído del viento, que al silbar entre el cordaje parecía una carcajada burlona arrojada sobre aquel barquichuelo, abandonado en el mar bravío á la veleidad del oleaje; después el día ardiente, desplomando el fuego de los trópicos, sobre la cubierta del vapor: el día inacabable, y por fin, la noche densa, oscura, huraña, y dentro de ella, el «Adela» cabeceando entre las brumas, tambaleándose al empuje del Océano.

Una luz á lo lejos. Es el faro de «La Isabela». Mi ruta es á Caibarien. ¡Doce horas más de mortales torturas! No espero más. Apenas largó anclas el barco, me lanzo fuera: salto por una mura y con la cabeza vacilante y torpes los pies, me encuentro no sé dónde: debajo de mí, golpeaban las olas: lejos, brillaban algunas luces: allí dirigí mis pasos. Creo, y perdonadme la jactancia, que aventurarse en noche tormentosa, por el muelle de La Isabela, es arrostrar con impavidez, la seguridad de romperse una pierna. En medio de la oscuridad más absoluta, se lanza uno por una serie de tablones, que si de día aparecen fijos, sobre no muy fijos pilotes, de noche parece que, mal ensamblados, flotan sobre olas. Enredábanseme las espuelas en las

junturas de las maderas y cuando no ellas era el sable, introduciéndose en los agujeros de las carcomidas tablas. El fuerte, brisote, heraldo de la tormenta que venía, ahuecaba mi impermeable, dificultándome el paso: avanzaba con la vista fija en las luces del pueblo, cada vez más lejanas y nunca llegaba; el pavor de las grandes soledades comenzaba á invadirme. Ahora atravesaba grandes naves desiertas: á la salida de una de ellas, una sombra más negra que la noche misma, se acercó á mí: involuntariamente puse mano al revólver y le monté. Una voz suave y melosa contestó al metálico ruído del percutor, diciéndome:

—El señó va peldío. Si quiere su melcé yo le llevo al pueblo.

La Isabela es un pueblo muy original. Dicen que en la estación de verano de Sagua la Grande y dicen que es localidad muy saludable. Así lo era, pero creo también, que en ella tendrá que usar el europeo, la quínina, con más asiduidad que el tabaco. El mar penetra por todas partes: el suelo es madera: el subsuelo, agua. Allí no crece un árbol. La iglesia, se levanta en medio de una esplanada, que cuando llueve es pan-

tano y cuando no llueve horrible barrizal. Para ir á la Botica, preciso es atravesar dos ó tres puentes. Llegar á la estación telegráfica, como llegué, sufriendo un delicioso chaparrón, supone el recorrido de diez ó doce travesías, que parecen barcas flotantes. El negro, que por obra de un peso me servía de Mentor, trepaba por aquellas graderías resbaladizas por la humedad, con la ligereza de un gato, y ya animado por cierta confianza, en una de las veces, en que yo renegaba al sentir en mi rostro los latigazos del turbión, exclamó, penetrando por un nuevo laberinto de condenados pontones:

—Anímese, mi Capitán, ya falta poco y va usted á ver la cubana más sabrosa de la Boca.

Llegamos al fin, y mientras trasmitían el despacho, saludé á varias señoras, que me invitaron con su exquisita cortesía á sentarme un momento; y entre ellas, había en efecto, un hermosísimo tipo de la verdadera raza criolla; una niña, deliciosa criatura que no llegaría á los quince años. Acaso surgiría con más brillo ante mis ojos, por la amabilidad con que fuí acogido, y por el afán con que deseaba librarme de la tormenta que

fuera, rugía desatada sobre aquel pueblo lacustre, pero es lo cierto que aquella adolescente era digna de las alabanzas de un cicerone; y por si alguno de mis lectores, se siente animado á dar un salto de 1.500 leguas, para rendirla el homenaje proverbial de la galantería española, yo me complazco en asegurar, que el delicioso blanco mate de su tez, la límpida transparencia de sus ojos grandes, profundos, negros, como su negro y opulentísimo cabello; la soberana gallardía de su perfil y la peregrina cadencia de su voz, merecen el holocausto de una respetuosa admiración.

—Allí, encima del mar, hablamos de mi patria ausente, y tuvieron para ella acentos de afecto, que por no ser aquí muy generales, fueron por mí muy agradecidos. Vivimos sobre el agua—me decían—y el agua es nuestra mejor amiga. Aquí no hay enfermedad ninguna; no hay más plagas que los cangrejos, que en todas partes viven y pululan. Si viviera usted en la Boca, creería vivir en la boca del cielo.

Había cesado de llover. Salí á la calle, llegué al Hotel y antes de dormirme, comprobé la veracidad del anterior aserto.

Los cangrejos de mar, pululaban en mi habitación y aún creo que uno de ellos, subía trabajosamente por el mosquitero de gasa, proyectándose en su blanco fondo, como un pequeño mónstruo de absurdos perfiles.

***

Circulan en Cuba los trenes ordinarios, con una velocidad que ya la quisieran en España para los expresos. A las ocho de la mañana, salí de la Boca de Sagua y á las doce, estaba en Sitiecito. Cuatro horas de viaje delicioso, que me indemnizaba de las torturas anteriores. Atravesamos con velocidad delirante, los extensos pantanos de la costa, que guardan el veneno de la fiebre, entre el cristal de sus ondas dormidas; cruzamos el hermoso puente sobre el Sagua, y al llegar á Sitiecito, á la soberbia vegeta-

ción de este campo, siempre verde, sucedieron las negras manchas de los cañaverales incendiados; algunos aún ardían; por doloroso contraste, aquí levantaba sus amarillos penachos un grupo de lozanas cañas, libre de la hecatombe, y allí se veían centenares de ellas, siniestramente retorcidas, ennegrecidas por las llamas. Recorrimos campos inmensos, tremendamente devastados: saludé con tristeza muchos de aquellos parajes, donde más de una vez he visto el suelo, tinto en sangre española, y al anochecer, llegamas á Camajuaní, cuando el crepúsculo azul bajaba de las enhiestas lomas que cercan el poblado, para ceñirlo en el negro misterio de la noche tropical.

Conservo, no obstante, una dolorosa impresión de éste viaje. En Sagua, subió á mi departamento un joven oficial de Infantería, llevaba en el rostro la palidéz del convaleciente: sus movimientos eran penosos y difíciles. Pronto entablamos conversación. Era un herido de la acción de la Olayita, donde el batallón de Isabel II se cubrió de gloria. Marchaba á Remedios, á sufrir reconocimiento facultativo y regresar á la península ¡Con que alegría refería los detalles

de aquella lucha heróica, en la que mordieron el polvo doscientos negrazos de Quintín Banderas!—Mire usted, doctor—exclamaba al pasar á la vista de algún ingenio, que se levantaba medio derruído entre los verdes cañaverales, como una fortaleza desportillada por un bombardeo—mire usted; así era el batey de la Olayita. Nos hacían un fuego horrible: nos freían vivos: sonó el toque de ataque. Los muchachos se lanzaron á la carrera, á la bayoneta: yo iba al frente de mi sección. De pronto zás, un golpe en el pecho y al suelo: me levantan, me separan de allí y mientras me curaban, veía yo cómo los negros de Quintín Banderas eran déspedazados por los soldados de mi compañía, entre las máquinas del ingenio. Y el pobre teniente Moya, pensando en la patria que pronto volvería á ver, iluminaba con alegre sonrisa su rostro de convaleciente anémico.
—¡Allí me espera mi madre, mi madre viejecita...!—Al día siguiente nos dimos en Camajuaní el abrazo de despedida, ¡el de la despedida eterna, porque el teniente Moya, pocos días después, cayó inmolado por la fiebre amarilla!

¡Otro martir de la patria! ¡Otro más que

blanqueará con sus huesos esta tierra, que antes había regado con su sangre!

*
* *

El trayecto de Camajuaní á Placetas, no mayor que el existente entre Cádiz y el Puerto, no ofrecía en la ocasión de mi viaje, muchas garantías de tranquilidad. El día anterior no había podido circular el tren, y yo tampoco estaba muy seguro de llegar á Placetas. Emprendimos la marcha y pronto recibimos el primer obsequio de los mambises, que habían colocado sobre la vía, con toda delicadeza, unos cuantos postes telegráficos: sistema muy socorrido para ellos, volcar el tren y fusilar el pasaje en montón. Felizmente, el poderoso espolón de la máquina exploradora, limpió la vía de obstáculos, y pasamos á gozar nuevo presente, repetido más lejos, en distinta forma. Cerca de

Floridano, estaba ardiendo el cañaveral que bordea el camino de hierro. La locomotora forzó la marcha, y el convoy, á todo vapor, rompió triunfante, aquella cortina de humo y de llamas, penetrando en la estación de término, volteando orgulloso, la campana de señales, usual en los trenes americanos.

⁂

La orden de la Superioridad disponiendo me encargara de la dirección de la nueva Clínica Militar, parecióme una invitación á las delicias de Capua. Me separé con pena en Vega-Alta, de aquellos valientes húsares de Pavía, que en «La Luz» y en Guanocano, dieron brillo á su estandarte con el rayo de sus sables; pero saludaba con satisfacción las palmeras de Placetas, proponiéndome disfrutar bajo ellas, si no la paz del espíritu, el relativo reposo del cuerpo,

un tanto asendereado, después de muchos meses de campaña.

La suerte no quiso que así fuera, y la inauguración de mi nuevo destino, marca para este pueblo, horas de suprema angustia, enrojecidas por torrentes de sangre generosa.

—Las partidas, que habían dispensado al tren los obsequios ya referidos, merodeaban alrededor de Placetas. Fuertes de 1.500 hombres, esperaban una ocasión propicia para batirse con la seguridad del triunfo, y pronto la encontraron, arrojándose de improviso sobre la pequeña columna que en la mañana del 14 de Abril, salió del poblado á las colonias del ingenio Zaza, para practicar el servicio de forrajes.

Aquí, en Cuba, eso que ha llamado un escritor ilustre, estética de la guerra, esa belleza suprema del combate leal, bravo, ardiente y generoso, no resplandece jamás. El arma noble, fundida para los heroismos del batallar, se levanta en vano, muchas, veces, contra el arma vil, fundida para las alevosías del asesinato. El que cae, tenga por seguro, que la muerte no respetará sus despojos: el rencor los profanará, si manos

generosas no los defienden. No se pelea á la luz del sol: se lucha, con la rabia del tigre, en los sombríos callejones de la manigua, entre los espesos cañaverales; y allí se muere y se desaparece, bajo un océano de salvajes frondosidades, como una piedra entre las olas del mar.

—Así se peleó en Zaza. Los insurrectos, emboscados en los cañaverales, sorprendieron á los forrajeadores, cuando dedicados á su faena, se perdían, sin mas arma que la hoz, entre el espeso follaje de la maloja. Muchas de las fuerzas que prestaban el servicio de vigilancia, no pudieron ver el comienzo del combate: se luchaba en silencio, al arma blanca, en medio de espesuras impenetrables. Allí, el machete, el arma infame del separatista, que es cuchillo de matarife, y no acero de batalla, se cebaba una y otra vez, en hombres indefensos, que peleando hasta espirar, con sus brazos, con sus dientes y con sus piernas, caían destrozados, pulverizados; no rendidos; pero allí también, la bayonta, que en Cuba, como en Africa, llevó en su punta la victoria, volvía golpe por golpe, ensangrentándose hasta el cubo, haciendo á la postre, retroceder al

enemigo, que lleno de vergüenza y de ira, huyó, como huye siempre, con sus muertos con sus heridos, terciados en el borrén de las monturas, dejando en el suelo, el surco rojo de la sangre y en el aire, el eco de sus salvajes griterías!

⁂

– ¡Cuan siniestra la inauguración del nuevo establecimiento hospitalario, creado en esta villa! (1)

– Pasarán muchos años y vivirán en mi memoria, los sangrientos cuadros de aquella tarde y vivirán con la misma intensidad, con que maldije las tremendas luchas civiles, azote de nuestra Patria!

– Eran catorce, los valientes que volvían heridos, de la terrible jornada. Soldados blancos y guerrilleros negros, cayeron iner-

(1) El presente episodio fué escrito en Placetas.

tes en los lechos y sobre sus blancos lienzos, palpitaban, más bien masas informes que seres humanos, aquellos leones, que en el delirio del espasmo traumático, aún gritaban con voz desmayada: ¡Arriba, y viva España!

Dos sacerdotes iban de lecho en lecho ,repartiendo los últimos consuelos de la Religión. Cinco médicos procurábamos, en vano la pronta cura de aquellas bárbaras heridas.

—Es indudable que la cirujía española puede contar entre sus triunfos, los éxitos que en las horribles lesiones producidas por el filo del machete, ha obtenido en esta guerra. Manejado aquél diestramente por la mano hercúlea de un negro, rasga las carnes y los huesos, como si fueran de cera. Una irrupción de heridos macheteados en una sala de Hospital, es la evocación de una sangrienta pesadilla, realizada bajo las formas más horrendas. Necesario es todo el valor sereno del deber profesional, para mirar con la frialdad, precisa para el claro juicio, aquella carne que palpita hecha girones, rasgada por heridas absurdas y monstruosas.

⁂

La mayor parte de aquellos braves, todos menos uno, volvieron curados á la lucha. La guerra insaciable, necesitaba sin tregua sangre española. Ellos, pródigos de la suya, la dieron sin regateo.

Muchos, la dejaron toda sobre aquella tierra; ¡inmensa esponja donde el odio, había de tragarse lo más sano, lo más fuerte de la patria!

V

NIÑA BLANCA

En los comienzos de la guerra, frecuentaba mucho mi columna, un poblado insignificante, enclavado entre las jurisdicciones de Remedios y Sancti-Spíritus, y que no quiero nombrar: bien que su nombre tampoco hace falta, porque abrigo la pretensión, de que aún sin él, le conocerán muchos de los que pierdan su tiempo, leyendo esta crœniquilla.

Constituían la siticría, quince ó veinte bohíos, esparcidos en torno del Cuartel de la Guardia civil; y no iba su población, más allá de un par de cientos de personas. Era «l'elité» de aquella ranchería, una familia

moradora en un casucho, situado en la extremidad occidental de la calle única, en el cual, toda suciedad tenía asiento, si bien la graciosa acogida con que éramos recibidos por sus dueñas, servía, en parte, de compensación, á las molestias que el olfato y la vista, habían forzosamente de sufrir en aquel recinto, donde todos los insectos de la fauna cubana, y más de uno y más de dos compañeros de San Antón, gozaban libre y plácida existencia, en amor y compañía de las amas y señoras de aquel hogar, al que no faltaban para ser agradable, más que dos elementos insignificantes: la luz y la limpieza.

Actuaban, según hemos dicho, como hadas de aquel edén, dos mujeres. Una de ellas, cincuentona, que respondía al ceremonioso nombre de doña Chicha. Alta, nervuda, seca como el chicote, que nunca se despegaba de sus labios. Redicha con la fatuidad de un negro catedretico: habladora sempiterna: con tanta astucia en sus ojos felinos, como intención en su charla inagotable, y con una imaginación soberbia, en punto á endilgarnos narraciones de grandezas pasadas y de presentes desdichas; porque

eran cosa de oir, las leyendas de sus días fastuosos, en que ella y su marido, dueños y señores de inmensos potreros, contaban sus dominios por docenas de leguas y sus onzas de oro, por montones: y era cosa de llorar, cuando con acento tembloroso por la indignación, y los ojos cargados de rencorosas nubes, exclamaba desde el umbral de su bohío, asaeteando con sus miradas, el cercano monte bravo:

—¡Esos hijos de mala madre, toito, toito me lo han quemao!

Hay que advertir, que no era esta, precisamente, la calificación que usaba; sino otra mucho más gráfica y netamente castellana, que yo no he de estampar aquí, porque no tengo las licencias, que ciertos clásicos en edades más inocentes, invocaban para usarla. Baste el eufemismo,para dar idea de que á pesar de sus riquezas, perdidas ó soñadas, doña Chicha, si agotó la mina de sus tesoros, tenía tan intactos los filones de su cultura moral, que ésta, como bloque intangible, aún permanecía virgen, esperando el primer golpe, que en ella abriese surco, por donde al alma llegase,un rayo de instrucción; y así, la vieja, á pesar de sus desplantes señoriles,

tenía su vocabulario cotidiano, al nivel del de un acemilero de la brigada de transportes, que eran los que, en aquella ruda campaña, luchando con el ganado á brazo partido por bosques, ciénagas y ríos, se llevaban la palma, en punto á interjecciones gráficas, rudas y expresivas.

Contraste, en cierto modo, de este carácter, era el de la joven, que con doña Chicha compartía las calmas de aquel primitivo bohío. Llamábanla Blanca niña Blanca, y á nosotros, acaso por el poder del contraste, nos parecía tan rica en innatas delicadezas, como ruda su madre y tía, parentesco que nunca se logró poner en claro, porque de ambos títulos hizo ostentación la cincuentena, en diversas ocasiones en que torpe de memoria, como lista de lengua, á ellos hubo de referirse.

De cualquier modo, para nosotros, Blanca era lo único blanco de aquel bohío, no precisamente por su nombre, ni por el color de su tez, que hubiera resultado intensamente morena, de no usar á perpetuidad el inocente subterfugio de los polvos de arroz, sino por el color de sus vestidos, siempre blancos, almidonados, hasta crugir sonoramente

cuando su dueña se movía, y consiguiendo para ella, un efecto de claro-obscuro, del que siempre resultó favorecida, cuando se deslizaba limpia, blanca y crujiente, sobre los negros terrosos pisos de aquélla zahurda, y bajo aquellas inmensas telas de araña, donde yacía dormido, el polvo de muchos años, de falta absoluta de fregado y de barrido.

No hay que decir, si aquel peregrino ser, constituiría pronto, obligado centro para la galantería de la oficialidad más distinguida de la columna, que convirtió el bohío en club y casino, donde hasta las altas horas de la noche, tenían charla, café con leche y algún tabaco guajiro, los trasnochadores que, francos de servicio, no experimentaban anhelos de reposo, después del duro caminar del día; pero jamás la maledicencia halló motivo para cebarse en aquellas visitas, en las cuales, eran notas salientes, la imperturbabilidad con que la vieja dejaba caer en los castos oídos de la niña, todas las enormidades de su vocabulario, y la serenidad con que ella los oía.

Nosotros, piadosamente pensando, dábamos como cosa cierta, su rubor, aunque jamás lo viéramos en sus mejillas, ni era fa-

cil percibirlo, bajo la espesa capa de polvo de arroz que servía dé coraza, al rostro virginal de Niña Blanca.

El caso es, qué las tertulias, hecha exclusión de su parte oral, resultaban inocentes, y limpias de toda mácula pecaminosa. Nadie pensó jamás en la más pequeña infracción de la cortesía, merecida por dos damas de tal copete. Verdad es que Niña Blanca se bastaba y sobraba, para rechazar el más leve atrevimiento, si alguien olvidando por un momanto las leyes de la galantería española, hubiera osado turbar con él, la paz hospitalaria de aquella casa; y cuando alguno de los más inflamables, llegaba á requerirla de amores, Niña respondía con olímpica serenidad, que tenía en Cuba muchas leguas de potreros y que no abandonaría sus tierras, sino encontraba un esposo digno de ella, para ir á comerse sus «oncitas» en Madrid, en Francia ó en «Ingalarerra».

Nadie mordió el cebo, digámoslo en honra del patrio desinterés, y el culto obtenido por Niña Blanca, no pasó de ser un culto hidalgo y platónico, sin que á nadie se ocurriera amañar artes de seducción, para entrar

en el disfrute de aquellos montes de centenes.

Alguien hubo, sin embargo, á quien no las sugestiones del interés, sino los empujes ciegos de la pasión, llegaron á poner en el camino de empresas más decisivas, pero hubo de retroceder. Lenguas de víbora deslizaron en su oído, la calumniosa especie de que no eran tan blancas todas las hojas en que se envolvía aquel capullo virginal, como las níveas batas con que se hacía resaltar la onda espléndida y negra de su cabellera, suelta en desorden encantador sobre su espalda: alguien se atrevió á decir —y de este aserto era divulgador implacable, cierto cabo de voluntarios, único español á macha martillo del poblado y gran conocedor de la vida y hechos del vecindario— que Niña Blanca había jurado odio eterno á la limpieza y á la higiene, en manos de doña Chicha. Y como esto lo denotaban, aunque á veces engañan las apariencias, las nefandas interioridades de aquel casucho, nido de su hermosura, es lo cierto, que nadie apechugó con ella y aún hubo algún incompasivo, que en una de las expediciones se atrevió á ofrecer rendidamente á la bella, un

par de pastillas perfumadas de jabón de los Príncipes del Congo.

En tal estado las cosas, llegó una tarde la columna á la sitiería, portadora de una orden cruel, que hacían lógica y necesaria las necesidades horribles de aquella guerra, cada día más enconada y pujante, y el crecimiento de las bandas insurrectas á favor de la fragosidad de aquel territorio, en el cual corría constante riesgo, sin probabilidad de pronto auxilio, el reducidísimo destacamento de la Guardia civil, que daba guarnición al poblado. Llevábamos, pues, la orden de incendiar ó derruir el fuerte de madera, que servía de alojamiento á la fuerza y de retirar ésta, dejando abandonados á su suerte, á los pocos moradores de la sitiería que no vivían ya en las filas insurrectas. Apenas alojada la tropa, la oficialidad franca de servicio invadió la casa de Niña Blanca, que iba á ser por última vez, templo de la hospitalidad para nosotros.

La actitud de aquella familia en semejantes circunstancias, nos intrigaba poderosamente. ¿Se quedarían en el indefenso poblado exponiendo sus tesoros y la virginal hermosura de la niña á las agresiones brutales

del insurrecto y del plateado? ¿Se vendrían con nosotros, prefiriendo arrostrar el dolor de la espatriación, antes que las contingencias del abandono? Consultado el cabo de voluntarios, óraculo del lugar, contestó sin la menor vacilación:

—¿Esas? Ya verán ustedes como se quedan. Los lobos no morderán á las lobas. Pero si yo pudiera...

Y al decir esto oprimía nerviosamente su fusil.

Inaugurada la tertulia, que por ser la última no estaba exenta de cierta solemnidad, pudo observarse, á la luz que esparcían las velas de sebo, colocadas en la boca de dos canecos de Ginebra, que Niña Blanca había llorado. Así lo delataban, con elocuencia muda, dos surcos, profundos como dos acequias, que en el polvo de sus mejillas había trazado el llanto: así lo denunciaba, á pesar de sus esfuerzos, el leve temblor de su mano al brindarnos la consabida taza de café. Niña estaba nerviosa, dijo la vieja, que aquella noche soltó, hasta agotarlas, todas las rudezas de su diccionario: y cuando la curiosidad de los circunstantes planteó resueltamente la pregunta, doña Chicha contestó

con lentitud majestuosa, levantando extendida su mano larga y huesuda:

—Nos vamos con los españoles.

Una tempestad de aplausos, coreados con aquello de «Olé mi niña y viva tu madre y bendita sea tu boca» y demás apóstrofes propios de la pintoresca sandunga nacional, estalló en el aire; y aún no se habían extinguido sus ecos ensordecedores, prolongados por la cómica gravedad con que la vieja y la niña recibían el ruidoso homenaje, cuando muy próximo resonó, seco y brutal, el fragor de una descarga. Hubo un instante de silencio. Las dos mujeres, con chillidos de rata espantada, lanzáronse debajo de la mesa, que rodó, volcando las dos luces que alumbraban el bohío. El tiroteo se generalizaba. Quien por la puerta, quien por la ventana, salimos todos y corrimos á nuestros puestos.

II

Fué una alarma sin consecuencias. Diez minutos después todo estaba tranquilo y el campemento en reposo, mientras el interior

del Cuartel de la Guardia civil, ya casi derruído, era teatro de una tragedia dolorosísima. Un infeliz soldado de Caballería, enfermo durante la marcha, de una fiebre perniciosa, sucumbía, víctima del segundo acceso de la terrible enfermedad, sin que bastaran á contener sus estragos todos los recursos de la ciencia, aplicados sin tregua. Agarrotado por el frío de la traidora calentura, moria el pobre en su hamaca, suspendida de dos machones del fuerte. ¡Tremendo cuadro el de aquella agonía, triste y larga, sin otro consuelo que el dolor de sus compañeros y de sus jefes, sombriamente mudos ante la voz solemne del Capellán, prometiendo al sin ventura, los célicos descansos del Paraiso! La piedad de sus amigos buscó, no sé dónde, un pedazo de vela, que clavado en un agujero del suelo, fué compañero, hasta que se agotó, de aquél cadáver que tendido en el suelo y envuelto en su manta, fué el último depósito de aquel fuerte, por nuestras propias manos demolido. Al mediar el día, solo quedaban en pie cuatro vigas, sosteniendo una techumbre bajo la cual se cobijaba aquel muerto, á quien nos proponíamos enterrar fuera y le-

jos del poblado, para evitar la inicua profanación, con que indudablemente mancharían su pobre tumba, los insurrectos que acechaban nuestra salida.

Serían las dos de la tarde cuando emprendimos la marcha. Los únicos vecinos del poblado que optaban por venirse con nosotros, eran el cabo de voluntarios, ya conocido de los lectores, y doña Chicha y Niña Blanca, que acompañadas de un mulato, especie de superintendente de la casa, esperaban á la puerta del bohío, el paso de la retaguardia, para incorporarse á ella.

Cabalgando sobre escuálidos «yegüitos», mudas, inmóviles, las dos mujeres recibieron sin pestañear, el alud de chicoleos, con que oficiales y soldados, saludaban su presencia. En sus ojos brillaba el llanto, contenido por un supremo esfuerzo, revelado por la contracción del semblante. No era preciso ser un lince, para adivinar, que á través de aquella impasibilidad, se desbordaba el odio hacia nosotros, que abandonándolas á su suerte, las obligábamos á huir de aquel miserable lugar, á donde estaban sujetas por las fuertes raices del cariño. El voluntario, que mientras desfilaba

la columna, se entretenía plantado junto á ellas, en hacer á su costa, estudios psicológicos, lo decía gráficamente:

—¡Ah, perras, como os cuesta abandonar el nido!...

En la retaguardia, transportado en una camilla, á hombros de dos compañeros, venía el cadáver, siniestro bulto envuelto en una manta gris, que se mecía pausadamente, oscilando al compás del paso de sus conductores.

Cérca de él, marchaba el capellan y precisamente detrás, pusieron sus «caballos» al paso, las dos mujeres y su acompañante, sin que lograran conservar su puesto más que un instante, porque el cabo aquél, su implacable enemigo, cogiendo las riendas al caballo del mulato, exclamó con voz dura:

—¡A la cola!—las máscaras no «pegan bien» detrás del muerto.

Preciso es confesar que el voluntario tenía razón. Ataviadas ambas damas, con sendos y legendarios castoreños orlados de plumas descomunales, amén de todo género de cintajos y tules, todo sucio y descolorido: vestidas con largas faldas en las que la po-

lilla y las manchas de todos los matices, se extendían, constituyendo islas, mares y continentes, y encaramadas sobre escuálidos jamelgos, que al moverse, hacían crugir bajo la piel, la armazón descarnada de sus huesos, aquellas dos mujeres, parecían figuras fugitivas de alguna ridícula mascarada, y todo el mundo halló oportuna la indicación del cabo, y ellas, sin replicar, tomaron puesto en la extrema retaguardia.

Llevábamos una hora de marcha, cuando se detuvo la columna, en la alta margen de un río, que por debajo del camino, en una garganta profunda, arrastraba como un manto azul, recamado de plateadas espumas, el cristal de sus aguas. El bosque vecino ofrecía á las plácidas linfas, umbroso dosel, entretegiendo entre los caobos, jaimiquies y patabanos, que en sus orillas constituían régias arcadas de columnas soberbias, un pálio perfumado y multicolor, donde las vidas silvestres, las pasionarias y los guaranos, se entrelazaban, esmaltando la ondulante urdimbre de sus hojas y de sus tallos, con el delicado dagame, joya de la selva tropical. Allí, en aquel lugar agreste y solitario, y de regalada calma, solo hasta entonces

turbada por las palomas torcaces, que venían á bandadas, á decirse amores, sobre el movible columpio de las lianas, allí hicimos alto para enterrar al soldado: y mientras cuatro gastadores hacían resonar el campo silencioso, con el golpe de sus picos, abriendo la zanja, Niña Blanca, la vieja y el mulato, turbando, con un galope insolente, el respetuoso recogimiento de la columna, atravesaron las abiertas filas y fueron á colocarse lejos, en una cumbre bastante avanzada del lugar donde se hallaba detenida la extrema vanguardia.

Pronto estuvo abierta la fosa. Escavada en un talud, era vista por toda la columna. Cuando el sacerdote bendijo aquel hoyo negro, lleno de raicillas destrozadas, un silencio solemne pesaba sobre la fuerza; silencio tan absoluto, que el tenue rumor de las aguas cercanas, se oía intenso, como el zumbido de una turbina colosal; y cuando colocado el cuerpo en el borde la de huesa, el capellán dejó caer sobre él, lentamente, la bendición postrera, todos los ojos brillaban húmedos, fijos en el muerto: y luego todas las cabezas se inclinaron, rindiendo el último adiós, al hermano desventurado,

que en holocausto á la Patria, allí quedaba para siempre, hundido en las entrañas de aquel ingrato suelo.

Bajaron el cuerpo, cariñosamente, al fondo de la fosa y sobre él le tendieron manos amigas. Hojas y flores, cubrieron su rostro antes que cayeran sobre él las primeras paletadas de tierra; y aún no había terminado la columna la muda y breve plegaria con que al muerto despedía, cuando resonó un disparo y una bala pasó silbando sobre nosotros.

Todas las miradas se dirigieron á la cumbre, desde la cual, las dos mujeres y el mulato contemplaban aquél fúnebre cuadro.

Aquel hombre había disparado. Aún humeaba su tercerola. ¡Era de ellas la burlona carcajada que adivinábamos más bien que oíamos! Diez ó doce caballos de la vanguardia subían á galope tendido por la pendiente, á tiempo que el grupo emprendía rapidísima huída. Aún vimos al mulato repetir el disparo y desaparecieron todos por la intrincada manigua que servía de límite al horizonte.

¡Canallas, espías, traidores, gritaba el ca-

bo de voluntarios, con el rostro congestionado por la ira!

Y echándose el fusil á la cara, hizo fuego. Sentimos el zumbido del proyectil y todos con él enviamos un recuerdo, que seguramente no recibirían, porque el voluntario tiró á ciegas, á Niña Blanca y á doña Chicha.

VI

Del Pilar á Río-Hondo

A la derecha de la carretera de Guanajay á Artemisa, separado de este pueblo, á quien triste destino reservaba papel tan primordial en las luchas de Occidente, por una distancia no mayor de tres kilómetros, se levanta el Ingenio Pilar, hermosa posesión, admirablemente situada en una suave colina, á cuyos pies desarrolla en luminosa perspectiva, sus magníficos encantos, la extensa llanura que hasta Guanajay se dilata, hendida por el trazo blanco de la carretera de Pinar del Río, encuadrada hacia Poniente, por una majestuosa estribación de lomas bruptas, coronadas de selvas, y extendién-

dose por el opuesto límite en una planicie de hermosura virgiliana, llena de bosques bravos y sonantes cañaverales.

Era—y debe ser—el Ingenio Pilar, una deliciosa finca de recreo, al par que poderoso centro de producción, donde las exigencias del trabajo hallábanse armonizadas con las del más refinado «confort». En la época en que yo le visité y á que me refiero, ya la insurrección había marcado con su garra sangrienta aquel lugar, donde la industria y la riqueza se conquistaron noble templo: talleres destruídos, máquinas corroidas por la inacción ó marcadas por la violencia: el ancho «batey», invadido por un occéano de plantas parásitas, y la línea férrea destruída y á trechos cortada, eran claros indicios de que allí, como en toda aquella zona, sorprendida en plena prosperidad, habían ardido los horrores de la lucha separatista, convirtiendo en pavesas el explendor, la opulencia, acumuladas por muchos lustros de paz y de reposo, en una de las regiones más intensamente fecundas de la Isla.

En aquel Ingenio, alojamiento en los primeros días de Febrero de 1896, de tres escuadrones de Caballería, no denotaban úni-

camente la pasada prosperidad, las múltiples y modernas instalaciones mecánicas con que se atendía á todas las necesidades de la producción de azúcar: denotábanla aun con más relieve, el buen gusto, el lujo, reinante en todos los departamentos de la casa-vivienda, claramente denunciadores, de que en ella y bajo los manes augustos del trabajo, maravillosamente remunerador en otro tiempo, según frase usual en la Isla, se habían «apaleado las onzas».

Recuerdo con todos sus detalles de exquisita y delicada elegancia, un salón de la planta baja, extenso como nave de catedral, esclarecido por amplios ventanales que á él llevaban, con el resplandor de los cielos, todo el fresco gratísimo de las vecinas frondas; hermoso recinto, donde la decoración, el marmóreo piso, el mueblaje, el «exorno» todo, eran de tonos blancos; con su magnífico piano, en uno de los ángulos, con sus «chaissees-longuees», recubiertas de irisados tapices, esparcidas en artístico desorden; con su mueblaje esbelto, ligero, de reluciente nitidez; con sus tíbores japoneses, coronados por los más hermosos ejemplares de la flora americana, y con sus jaulas delicadas, artís-

ticos nidos de junco y de cristal, donde el sinsonte derrochó los tesoros de su garganta y lució el colibrí las magnificencias de su plumaje. Mansión paradisiaca, para los que rendidos por espantosas caminatas, alcanzábamos las dulzuras del sueño, al amparo de la frescura y la suave media luz de aquel recinto, más propio, en verdad, para que en él volasen las aladas ilusiones de dos enamorados, que los sonoros ronquidos de los que con ellos profanábamos el grato misterio de aquella apacible soledad, no ciertamente sin sentir cierto rubor al poner en contacto con aquellas delicadas blancuras, dignas de la alcoba de una virgen, nuestros uniformes roídos, manchados, ennegrecidos por la manigua.

Pues del tranquilo seno de aquélla estancia, nos arrancó, en la madrugada del 6 de Febrero, el implacable toque de diana; ese que con tanto lirismo han cantado todos los poetas platónicos, que no han visto la guerra más que en los libros de los clásicos y en las estampas de las ilustraciones, pero que, en verdad, tiene algo de apocalíptico para el que cae desde las placideces del sueño en el tráfago de la vida de campaña, y

conste, que no hago alusión á los que tomando la filosofía de las cosas por el lado serio—que es el lado por donde menos se deben tomar en la guerra—dan en pensar, que acaso aquel «clamor de la diana, que alegre anuncia la mañana», sea el último que escuchen sus pecadores oidos.

Conste que esto lo piensan pocos, y el que lo piensa se lo calla, y que media hora después del susodicho toque, mi Escuadrón formado, aguardaba la orden de marcha en una esplanada próxima al arranque del camino, que sirve de enlace al Ingenio con la carretera de Guanajay.

Como muchas veces, no sabíamos dónde íbamos, ni nos preocupaba. La noche anterior, habían corrido rumores de que las fuerzas de Maceo tenían sitio puesto á Candelaria, pero las órdenes habían circulado con profunda reserva, y al ponernos en movimiento ignorábamos nuestro destino.

Rompimos la marcha. Era una alborada fresca y riente. Aun nos envolvía la luz dudosa del amanecer, pero á los pocos minutos de caminar, el lejano Oriente se esclareció con una marea de resplandores, y el Sol, como un bólido de fuego que en la línea

del horizonte brotase de los abismos de la tierra, clavó su disco rojo en el fondo de un celaje de púrpura, y su fulguración cayó sobre los campos cual un desplome de lumbre. Empezaba la terrible mañana del día tropical. Estábamos en la carretera á las puertas de Artemisa. El clarín dió la orden de alto; luego la de «pié á tierra», y cuatrocientos hombres desmontaron á un tiempo, con el perfecto isocronismo de una tropa veterana.

—

Más de dos horas permanecimos allí detenidos. Al fin se dió la orden de «á caballo» y reanudamos la marcha en dirección á Candelaria, atravesando el poblado de Artemisa, lleno de tropas montadas. Ya cerca de la salida, inmediato á una construcción, que ostentaba izada sobre la puerta la enseña de la Cruz Roja, el general en jefe presenció el desfile de los escuadrones, terminado el cual pasó á colocarse á vanguardia. Constituíamos una respetable columna de caballería, que sobre la línea recta de la

carretera, producía un raro efecto de visualidad, uniéndose al trote en masas perfectamente ordenadas, entre la atmósfera luminosa y límpida de aquella serena mañana del hermoso invierno cubano. Poco á poco fué aumentando la velocidad del avance, mientras la columna disminuía el espesor de su núcleo principal, destacando escuadrones, para flanquear el terreno, que salían á galope tendido y ocupaban su zona de exploración hasta ser rebasados por la fuerza. Según se prolongaba la jornada, acelerábamos el paso llenando los campos silenciosos, con el anhelante jadear de los caballos y el metálico golpear de los sables. Cuando llegamos á la sitiería de «las Mangas», algunos cadáveres negros, siniestramente caídos en la cuneta de la carretera, aparecieron á nuestros ojos. Eran los sangrientos jalones, que denotaban la huella de las tropas españolas rudamente atacadas por las hordas separatistas, tenaces impugnadoras de Candelaria. Eran de aquellos temidos orientales, que fulminando sobre la tierra americana toda la fiereza del Africa, cuna de su estirpe; cabalgando, como simios, sobre veloces caballos; avaros de sangre española y

ahitos de ella, habían asolado el país con el machete y la tea, desde las fragosidades de Sierra Maestra hasta el cabo de San Antonio. Allí estaban bárbaramente derrumbados, harapientos, desnudos, con los torsos hercúleos brillando como bloques de aceros bajo la luz del sol, con las pupilas muertas clavadas en el cielo, con los rostros angulosos contraídos por la mueca de la agonía y algunos de ellos con la nariz cruzada por férrea anilla, estigma de su indómita barbarie.

A las tres horas de jornada avanzábamos galopando por una extensa llanura esmaltada de idílicas bellezas. El mar se tendía en el horizonte como espléndido festón azul á medias entrevisto detrás de apretados bosques de palmeras. A nuestra izquierda bordeaba el camino una larga cadena de montañas y entre el Océano luminoso y la cordillera bosca y sombría, dilatados potreros extendían su alfombra de opulento follaje, rota á trechos para servir de marco á lagunas inmensas de transparentes y dormidas aguas, que reflejaban en serie informe de movibles sombras, el cruce vertiginoso de aquella masa ansiosamente hostigada por el afán de llegar á Candelaria.

Al fin vislumbramos el pueblo, revelado á lo lejos como una mancha obscura, rompiendo bruscamente la placidad tonalidad de aquella perspectiva. Algunas espirales de humo denso y negro flotaban aun sobre el caserío, y cuando la columna fué detenida para sufrir el debido reconocimiento, logramos abarcar con una ansiosa mirada aquel recinto donde la lealtad española acababa de conquistar inmortales timbres de gloria.

—Penetramos en la calle principal. Una sección de voluntarios con uniformes de chapelgorris, aun atezados por el humo de la pólvora, terciaba gallardamente las armas al paso de los escuadrones. Por todas partes la huella siniestra de la batalla: el removido suelo lleno cápsulas vacías, de paquetes rotos de cartuchos; las boca-calles obstruídas con barricadas hechas con todo genero de obstáculos, ó con parapetos blindados con railes del ferrocarril; centinelas en todos lados, ya del ejército ya de voluntarios; ausencia, casi completa, de la población civil, especialmente la masculina; pero allí estaban para hacernos los honores del recibimiento, manadas de astrosas negras, que

desde las puertas de sus míseras viviendas gritaban en aquel bochornoso ambiente, agitando lienzos de blancuras «tan negras» como sus propias caras:

—¡Viva el general!

—¡Viva la Reina de las Españas!

Pronto llegamos á la plaza, donde los testimonios de la tremenda lucha eran profundos y elocuentes. El Ayuntamiento aspillerado; la Iglesia vacía, llena de troneras y la torre convertida en baluarte de la última defensa; todas las casas acribilladas á balazos; los marcos de las ventanas rotos por las balas explosivas; hasta allí, hasta el corazón del poblado, llegaron en su asalto furioso los salvajes orientales, pero de allí salieron briosamente rechazados por las armas españolas, dejando un reguero de cadáveres. Allí estaban todavía. El instinto de la Higiene pública, falto en los primeros instantes de brazos para su enterramiento, los había quemado para evitar su descomposición. Allí estaban como leños ennegrecidos, abandonados en el suelo. Hollados y pisoteados inconscientemente por la multitud que llegaba, se iban resolviendo en grisáceas cenizas, flotantes en el polvo nauseabundo de

aquel lugar, donde los días del sitio amontonaron junto á aquellos restos humanos, todo género de «detritus».

—

Dos horas de relativo descanso fueron todo nuestro reposo. Consumimos frugal refrigerio, sentados en los umbrales de las casas, en la calle donde nos fué señalado alojamiento. Los caballos tomaron el pienso con las monturas puestas. Nuevos movimientos de tropas, parecían urgentes é inmediatos. Estábamos, en efecto, casi en contacto con toda la insurrección. Maceo, con varios miles de hombres, acampaba á dos leguas escasas de Candelaria. Puede decirse, que sus exploradores estaban entre nosotros. En los mismos instantes á que me refiero, y en ocasión de fusilar á un espía, en las afueras del poblado, las fuerzas del cuadro, tuvieron un muerto á consecuencia de una descarga enemiga. Poco despues de mediar el día, el bravo batallón de Zamora, al mando de un heroico coronel, con caballería irregular y

alguna artillería, emprendió la marcha, por la carretera, en dirección al vecino pueblo de San Cristóbal; y simultáneamente, dos escuadrones, uno de ellos el mío, apoyados por dos compañías de infantería, reanudamos la marcha, por la izquierda de Candelaria, para practicar un reconocimiento,

Larga fué nuestra peregrinación por aquellas soledades, sin encontrar enemigo alguno. Solo el ruido de nuestro caminar, turbaba en aquellos campos, el solemne silencio de la tarde. Ya muy adelantada ésta, percibimos que á nuestro frente ardía la llanura. Enderezamos nuestros pasos al incendio y en aquellos momentos el cañón resonó á nuestra derecha. Súbitamente cambiamos de rumbo y al trote largo, nos lanzamos en esta dirección. El estampido de la artillería, que vibraba cada vez más preciso, pero aún muy lejano, no tardó en percibirse, según adelantábamos, claro y distinto; y en un instante de silencio, después de haber hecho alto, logramos oir como un trueno sordo, el ruido de la fusilería.

— Un breve avance más, y desde nuestra posición distinguimos allá en la extrema derecha, en las quebradas de Río-Hondo, el

resplandor de la batalla, confusamente acusado entre las últimas luces de la taide.

– Allí estaba el poblado de San Cristóbal, ceñido por ondulantes penachos de llamas; allí, rugían sin cesar, las piezas de montaña; allí, cambiando de frente, avanzamos á campo atraviesa, sable en mano, al aire de carga. Con las postreras luces del día llegamos á la carretera y ya en la zona de la lucha, los primeros proyectiles comenzaron á silbar entre nosotros.

No es fácil olvidar la eolemnidad de aquel momento. Formados en línea, frente á una espesura desde la cual nuestros tiradores hacían vivísimo fuego, sentíamos entre las sombras de la noche el estruendo del combate. El poblado resplandecía con el incendio en él producido por nuestras granadas, y las llamas enrojecidas se proyectaban, destacándose intensamente sobre los cárdenos explendores que la última reverberación del crepúsculo tendía en el remoto horizonte. Los fogonazos enemigos rasgaban las tinieblas con instantáneo chispear, y entre las ruidosas detonaciones de los Remington insurrectos y las descargas sordas de nuestros Maüsser, se destacaba el hondo clamoreo

de unas y otras fuerzas, llevadas al vértigo del coraje, despnés de seis horas de sangrienta pelea. Nuestros dos escuadrones, testigos inactivos del combate, asistían á él en esa quietud, cien veces más terrible que la lucha más enconada, cuando se recibe, como nosotros recibíamos, sin contestar, el fuego de un grupo enemigo que nos fusilaba por la izquierda. Bien pronto corrió sangre de los nuestros: un ginete cayó con la rodilla deshecha de un balazo, y fué á engrosar el triste y no interrumpido cortéjo, que constantemente desfilaba en demanda de una casa, no lejana de nosotros, convertida en ambulancia.

— Ya era noche cerrada y el fuego se sostenía vigorosamente. El choque indeciso y encarnizado, continuaba á ciegas, que allí estaban, batiéndose con el frenesí de la ira, de un lado, toda la pujanza de la insurrección concentrada en la mano de Maceo, y del otro, todo el heroismo de la Patria, representado por aquel glorioso batallón de Zamora, que aquel día sostuvo como inquebrantable muro de acero, el empuje de la rabia separatista, enfrenada ante la pericia de un caudillo bravo y sereno, y ante el valor

de aquellos soldados, indomables, á pesar de que las armas enemigas se levantaban contra las suyas, en la proporción de veinte contra una.

Al fin se hizo la calma y cesó el fuego nutrido. Era la tregua de la noche. Multitud de heridos yacía en la ambulancia, y mi escuadrón recibió la orden de retroceder á Candelaria, para procurar medios de transporte. Emprendimos el regreso. Al llegar á un puenteincendiado y derruido, fué preciso flanquearle, internándonos en la manigua, donde una emboscada rebelde nos saludó con una descarga. Avanzamos rápidamente, llegando al fin á Candelaria.

Sobre la plaza, desierta y obscura, donde hicimos alto, caía un fúnebre silencio. Allí estaban aun aquellos depojos humanos...

Algunos caballos, al olfatearlos, resoplaban con espanto, llenando los aires con un relincho agudo que parecía un alarido de terror.

VII

La carga de "La luz,,

Al terminar el año 1895, el movimiento insurreccional se extendía como una marea avasalladora por las provincias de Matanzas y la Habana. Maceo y Máximo Gómez, después de arrasar feraces y ricos territorios, continuaban su correría en demanda del extremo occidental de Cuba y entonces se ordenó la formación de una fuerte columna de caballería, que en los últimos días de Enero del 96, se reconcentró lista para operar, en el Rincón, pequeño pueblo próximo á la Habana y unido á ella por línea férrea. Constituían aquella agrupación montada, más de mil caballos, pertenecientes á nueve escua-

drones, y á decir verdad la organización de aquella fuerza fué acogida con intenso entusiasmo y todos nos prometíamos grandes cosas de una columna libre de toda impedimenta, capaz de perseguir al enemigo con igual celeridad que él ponía en sus retiradas; capaz de buscarle en sus guaridas; apta para vivir como él, en la espesura impenetrable del monte y lo bastante poderosa para aniquilar á las fuerzas separatistas que, abandonando su táctica habitual de batirse en pequeños grupos, se aventuraban á presentar masas considerables de combatientes. Aquella columna de caballería recientemente montada, nutrida con personal robusto y mucha parte de él ya aguerrido, mandada por una oficialidad entusiasta y dirigida por un coronel jefe expertísimo en el manejo de fuerzas montadas, aquella columna, repito, era base de firmes y halagadoras esperanzas; y aún recuerdo con verdadera satisfacción la revista de que fuimos objeto en los llanos del Rincón, creo que en el último día de Enero, horas antes de emprender las operaciones.

En las primeras horas de la mañana, el general en jefe llegó en tren especial. A lo

largo de la vía, la fuerza en orden de parada por escuadrones presentaba las armas destellantes con fulgores de gloria, bajo la luz de un sol resplandeciente: las bandas de trompetas henchían los aires con el solemne ritmo del toque de marcha; y cuando después de terminada la revista, se efectuó el desfile por escuadrones al trote largo ante el general en jefe; cuando aquella masa de caballos, extremeciendo el suelo con el acompasado golpear de sus cascos, cruzaba con soberbia grandeza y marcial majestad ante el Estado Mayor, envuelta en una nube de polvo donde los sables y los cañones de las tercerolas brillaban como lampos de luz, envuelta en el clamoreo de un ronco é incesante, ¡Viva España!, la visión de la guerra, sangrienta pero gloriosa, cruzaba ante nosotros y nuestros pechos latían en el ansia del combate, grande y leal, donde se lucha pecho á pecho y se muere frente á frente en pleno campo, lejos de los escondites de la manigua y de las traiciones de la emboscada.

Poco después emprendimos la marcha; pernoctamos en San Antonio de los Baños y al amanecer del día 1.° de Febrero, salimos

en persecución de Máximo Gómez, á quien las confidencias señalaban por aquella zona al frente de numerosas fuerzas.

No olvido las etapas de aquella jornada, hecha en una mañana abrasadora, sin un soplo de brisa, en constante tensión nerviosa, con el espejismo del enemigo delante de los ojos, precipitándonos por los cañaverales incendiados, por las sabanas devastadas en una carrera loca, asaltando las cumbres con la furiosa avaricia de columbrar al enemigo desde ellas, descendiendo como un torrente á los dormidos valles y saliendo de nuevo á la sabana, con el cuerpo empapado de frío sudor y el alma ardiendo en rabiosa impotencia. ¡Allí va, allí va! nos decían los campesinos, asomándose entre los escombros de sus míseras viviendas, como espectros empalidecidos por el hambre y por el terror: ¡allá van! clamaba la columna; y las espuelas, clavándose furiosamente en los ijares de las monturas, lanzaban los escuadrones como olas impetuosas á través de los campos, donde los sitios incendiados iban señalando, como jalones siniestros, el paso de las hordas separatistas; ¡allá van! pero al llegar al límite ansiado, nada, ni una sombra, ni un ru-

mor; la tierra removida aun por el rastro de la partida; pero ni en el llano, ni en el bosque, ni un hombre, ni un caballo; tal como, si por misterioso conjuro, aquellas turbas á quienes perseguíamos, tuvieran la facultad de franquear á su paso y bajo su planta para esconderse, los abismos de la tierra.

— Dije ni un hombre, y digo mal. En una de aquellas exploraciones, practicadas en distintos rumbos, topó mi escuadrón con un cadáver, aún caliente, que suspendido con una cuerda al cuello, de la rama de un árbol, se balanceaba siniestramente mirándonos con ojos ya sin luz, abiertos en una convulsión de supremo espanto. Era un mulato. Los anillos de su crespa y corta cabellera, aún se empababan en el sudor de la agonía; por sus facciones, terriblemente dilatadas, campeaba en negras chapas la congestión de la asfixia, la lengua ingurgitada, desbordaba entre los labios turgentes como si aún escupiera al rostro de sus verdugos la última blasfemia; el cuerpo hercúleo gravitaba con pesada resolución, y entre los harapos que aún cubrían el pecho inerte, se destacaba un papel con esta incripción en gruesos caractéres:

Ahorcado por traidor.

Estábamos en una estrecha vereda. La fuerza desfiló de «á dos» por delante de aquel cadáver. El silencie reinaba en las las filas: el silencio que sigue á los grandes cansancios. La ira por lo infructuoso de de aquella jornada, martillaba en nuestros pechos; no bastó á despertar en ellos la alegría, ni aun la vista del poblado donde nos esperaba el descanso. Era la una de la tarde, entrábamos en Güira de Melena.

***

Güira de Melena se ofrecía ante nuestros ojos de tal manera profanada y devastada, que un sentimiento de profunda piedad inundaba nuestras almas á medida que adelantábamos por sus espaciosas calles, en demanda del lugar donde debíamos hacer alto. Por todas partes ruinas humeantes. Rotos los fuertes muros, quebrantados por el incendio y aguijoneados por la piqueta adivinábanse

desde las calles, llenas de sol, los hogares, llenos de sombra, por donde la muerte y el exterminio habían pasado. Aquí, un vecino, estátua muda de la desesperación, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada cargada de lágrimas y rencores, contemplaba el lento desfilar de la columna, encaramado sobre las ruinas de su casa, reducida á cenizas por la dinamita libertadora; allí, á través de una ventana desquiciada, veíase un grupo de mujeres, hoscas y sombrías, con el cabello en desorden y las ropas mal ceñidas, llorando sobre los restos destrozados de lo que fué su hogar. La brisa de la tarde que desplegaba sus alas después de una mañana enervante, traía de los cañaverales incendiados, torbellinos de pavesas, que revoloteaban sobre nosotros como bando de negros insectos: la iglesia del poblado levantaba al cielo los robustos machones de sus muros, derrumbados por las llamas; una multitud callada, entre hostil y dolorida, se abría ante nuestro paso. Diríase que penetrábamos en un pueblo desplomado enmedio de una gran catástrofe, y que nos recogía receloso y apesadumbrado de que nuestra entrada perturbase la tristecalma de su agonía,

Por allí, en efecto, habían pasado dos días antes las fuerzas separatistas. Un grupo de voluntarios leales, despreciando la intimación que de rendirse les fuera hecha por Maceo, se defendió algunas horas heróicamente. Vencidos por el número, pagaron bien caro su amor á España. Fueron exterminados sin piedad y sin piedad fué tratada la población. Maceo, después de incendiar cuanto le plugo y saquear cuanto le fué posible, huyó recelando la llegada de nuestra columna.

Pernoctamos en Güira y en la alborada del día 2 emprendimos la jornada con rumbo á Alquizar, y en Alquizar nos encontrábamos á las doce del día de la Candelaria, cuando el toque de escuadrón y llamada resonó dolorosamente en los oídos de los que ya se preparaban á disfrutar una hora de siesta, después de ocho horas de fatigoso cabalgar, bajo los ardores de un sol que en Febrero, despliega en Cuba rigores que no despreciaría el sol canicular de nuestros climas.

⁂

Una noticia verdaderamente sensacional corría de boca en boca y electrizaba de alegría á los escuadrones, que ya con el equipo preparado y puestas las riendas esperaban impacientes la orden de montar.

—Decíase y era cierto, que acababa de presentarse un hombre al jefe de la columna, participándole que en el vecino ingenio «La luz» se hallaba en aquellos momentos, nada menos que el propio Máximo Gómez, con una partida de 600 hombres.

Yo ví al confidente. Parecía peninsular, de treinta y cinco á cuarenta años. Hablaba con dificultad, tembloroso por la ira, aniquilado por el calor y por el cansancio. Al principio su confidencia fué acogida con incredulidad, pero pronto hubo que rendirse á la evidencia. Aquel hombre no mentía. Parecía un iluminado por el genio del rencor. No le traía á nuéstras filas únicamente el santo impulso del amor á la Patria: traíale el odio súbito hacía un enemigo que después de invadir su morada habíale apaleado, sustrayéndole 1.500 pesos oro.—Dénme un ca-

ballo—decía gesticulando furiosamente, volviendo su rostro enrojecido hacia el abrasado horizonte:—dénme un caballo, yo seré el primero, antes de dos horas han topado ustedes con ese ladrón, que en este momento descansa con los suyos en el ingenio. ¡Sí, me las pagará! ¡Me la pagará el chino viejo! —clamaba levantando el puño y chispeándole los ojos de alegrío, cuando ya en movimiento toda la columna, resonó el toque de á caballo.

La noticia corría por todas partes. Un clamor inmenso flotó sobre las tropas cuando se emprendió la marcha. Se sabía que íbamos en busca de Máximo Gómez, del mito intangible de la insurrección: todos los pechos palpitaban con intenso júbilo, y ya en dirección al ingenio, pronto se hizo ese profundo silencio con que toda fuerza bien disciplinada espera, en formación, las indicaciones de la voz ó la señal de la trompeta.

La tarde era abrasadora; desfilábamos, asfixiándonos en un ambiente pesado y enrarecido, por un estrecho callejón largo y profundo, limitado por altas cercas verdes de tupida frondosidad. El calor aplanaba. Diríase, con tal silenciosa ansiedad marchába-

mos, que el latir de nuestros corazones obscurecía el sordo pisar de los caballos sobre el suelo polvoriento: y aquella columna de mil jinetes se desplegaba, callada, entre filas interminables de palmeras, como una serpiente que con toda cautela va poco á poco desenroscándose, para lanzarse contra su presa. Llegó un instante en que fue preciso avivar el paso: nos pusimos al trote largo: el camino ensanchaba: formamos en línea de secciones y resonó un tiro. El enemigo nos había descubierto.

Frente á nosotros, aún muy lejos, se desdestacaba el ingenio «Luz». Pronto comenzamos á distinguir precisamente su cerca, desde la cual nos hacían nutrido fuego, sostenido por los escuadrones de Camajuaní.

Era preciso salvar cuanto antes la distancia que nos separaba del enemigo; sonó el toque de carga y la carga, el momento más grandioso y más tremendo de la guerra, se inició con toda su soberbia solemnidad, rápido, abrumador, como se fragua una tormenta tropical, como se levanta un torbellino. Los clarines resonaban con ecos enronquecidos, vibrantes, poderosos. El grito de ¡Viva España! volaba de sección á

sección como un trueno nunca extinguido: las puntas de los sables, colocados en posición, centelleaban, simulando el zig zag de un rayo: el alentar de los caballos jadeantes, extremecía el aire, y sus cascos, resbalando sobre los raile de una línea férrea, por la cual galopábamos, arrancaban constelaciones de chispas. Aquello era caminar como en el seno obscuro de una tromba, con el alma enloquecida por el vértigo y con los oídos atronados por el griterío del entusiasmo, por el alarido de los heridos, por todos los ruídos brutales y extraños de una masa de mil caballos, que se mueve en una carrera frenética, fórmula viva de la fuerza, condensada en un montón de carne palpitante y febril, que marcha á estrellarse contra su destino, en la sublime ceguedad del valor y del honor, regando con su sangre la misma tierra que estremece con la pesadumbre de su incontrastable poderío. Todas las fuerzas del espíritu condensábanse en una sola aspiración: ¡llegar, llegar pronto!: suena un chasquido profundo y penetrante: un caballo se viene á tierra arrastrando al jinete, y sobre caballo y jinete pasan diez, veinte, cien caballos. Y entre el

polvo, cada vez más denso, y entre el griterío, cada vez más hondo, resuenan más cercanas las descargas enemigas, y se avanza y se avanza, con la calenturienta ansiedad del momento en que la nube se abra y llegue lo tremenda, la anhelada realidad del choque cuerpo á cuerpo.

Ya corríamos por terreno despejado. El ingenio debía estar muy cerca. Los vivas á Cuba libre llegaban á nosotros claros y distintos. Por los flancos de la línea de carga, extendíase limpia y despejada una inmensa sabana, y en aquella rápida carrera distinguí un jinete que, solo enmedio de la llanura, pugnaba por sostenerse á caballo. Era un sargento del Regimiento de Camajuaní, gravemente herido de un balazo. Acompañando al herido, después de auxiliarle, hube de retrasar mi marcha, y entonces todo el cuadro se desplegó ante mis ojos.

Los escuadrones llegaban á los muros del ingenio recibiendo á quema ropa las últimas descargas de los mambises Los caballos saltaban con la admirable limpieza propia de su raza en Cuba, por encima de las cercas de piedra, de los vallados de pita y de las líneas de alambre. En un instante las fuer-

zas invadieron el batey y se precipitaron por los cañaverales del ingenio en pos del enemigo, deshecho en vergonzosa fuga, que antes de ganar la espesura dejó cuarenta cadáveres, negros en su mayoría, destrozados bajo el sable de nuestros jinetes ó bajo el machete de los guerrilleros. El generalísimo, gran fautor de retiradas hábiles y de emboscadas traidoras, huyó, como siempre, —á tiempo. ¡Estaba de Dios que no habíamos de dar con él!, pero la jornada de la «Luz» será siempre una página brillante para la Caballería, en nuéstra última lucha colonial, página digna de recordase y referirse por pluma menos torpe que la mía, y que representa uno de tantos gallardísimos esfuerzos realizados por el ejército español, en esa epopeya siniestra que se llama la guerra de Cuba; epopeya á un tiempo marcada por la desgracia y el heroismo.

VIII

EL PRIMERO

(El primer muerto)

Al mediar una calurosa mañana del mes de Septiembre de 1895, un tren especial procedente de Santa Clara, dejaba en la estación de Sitio Grande, una pequeña columna compuesta de Infantería y Caballería.

Sitio Grande, era y será siempre probablemente, uno de tantos lugarejos de la Isla de Cuba, que hubieran permanecido bajo eterna preterición, para toda crónica, á no recaer sobre ellos la siniestra celebridad de un día por los azares de la guerra, haciéndolos motivo de ardiente júbilo para unos, de reconcentrado dolor para otros, según el punto hacia donde se inclinaba el vario des-

tino de la lucha separatista, que ya en las Villas por aquella fecha, terminaba su período de silenciosa gestación y comenzaba á darse á luz entre reflejos de incendio y raudales de sangre.

Por entonces nos tocó á nosotros llevar la peor parte en los comentarios á que sirvió de núcleo Sitio Grande, pues con anterioridad de pocos días y en paraje no muy lejano, toda una sección atraída al cebo de hábil emboscada, pereció á filo de machete en las manos de una partida merodeante por los alrededores del pueblo. Llevábamos como objetivo su persecución, y dispuestos á emprender nuestra etapa rompimos filas, y mientras la tropa vivaqueó, la oficialidad de la columna se dispuso á consumir frugal almuerzo en la tienda del poblado.

Una tienda en los pueblos de campo de Cuba, es una especie de Arca de Noé, donde la destreza del especulador, ofrece á su clientela cuantos efectos de la más distinta especie, pueden ser objeto de demanda en el lugar ó en las vecinas sitierías.

Todos los comestibles y «bebestibles» indispensables en la vida doméstica; todas las variantes en licores, que el hábito embrute-

cedor del alcohol ofrece á la caprichosa intemperancia humana; aperos de labranza, machetes y cuerdas: tabaco y tasajo; sombrerería y artículos de modas; servicios de restaurant con pretensiones, y groserías tabernarias; todo junto y revuelto convive en estos establecimientos híbridos, verdadero nudo vital del poblado de donde emerge cuanto necesita la localidad para la satisfacción de sus necesidades materiales, y al cual converge en límpida corriente de buenos pesos, gran parte de su numerario con profunda satisfacción del «bodeguero» que sueña detrás de su mostrador con las delicias sonrientes de la tierra nativa, en los blancos caseríos de la montaña santanderina, ó en las frescas umbrías de los bosques gallegos.

Eran, además, aquellas tiendas astrosas, casino donde la curiosidad de los criollos acechaba el paso de las tropas; paso ineludiblemente forzoso, porque era forzoso el acceso al multiforme establecimiento, lo mismo para adquirir el necesario tabaco que el hilo para recoser la remendada «guayabera», ó la galleta para entretener los dientes. Pocas conversaciones se escapaban á la an-

siosa curiosidad de aquellos guajiros, que apoyados en las mesas relucientes de mugre, apurando el vaso de rom ó de ginebra, mascullando el veguero, hacían resaltar entre la obscuridad del infecto recinto, los blancos tonos de sus vestidos y espiaban con la cara casi oculta bajo el sombrero de anchas alas, la conversación del que incauto ó locuaz, no sabía medir sus palabras, ó no sabía aprisionarlas á tiempo entre sus labios, para que no fueran volando á caer entre las redes de la traición.

Terminábamos ya nuestro almuerzo en la tienda de Sitio Grande y empezábamos á saborear el café, cuando por la ancha ventana de la habitación penetró en húmedas bocanadas el viento de la tempestad, que ya se cernía sobre el pueblo, aprestándose para ser nuestra compañera en la marcha.

A medio día salimos en dirección á Calabazar de Sagua é inauguramos las angustias del día, hundiéndonos en los fangales profusamente extendidos en aquella senda, que los itinerarios cubanos llaman camino, y que apenas si en justicia debiera apellidarse mala vereda de herradura.

Dilatábase la angosta trocha agujereada

por baches inmensos, entre dos cercas de piñas, que á uno y otro lado alzaban sus hojas rígidas, carnosas, aceradas, como manos amenazadoras. Extensos bloques movedizos de fango líquido, constituían fétido mar de pardas ondas por donde la columna navegaba, mezclando al chapoteo producido por el cenegal agitado, el rumor de sus juramentos. El ambiente abrumador, pegajoso, prólogo de la tormenta, pesaba como una atmósfera de plomo, y cuando llegamos á Calabazar aquellos no eran hombres; eran vivientes estátuas talladas en el barro, que en repugnante invasión, nos manchaba, nos envolvía, desde los zapatos—el que los conservaba—hasta el sombrero; desde la contera de los machetes á la boca de los fusiles; desde los cascos de los caballos á la perilla de las monturas.

—Yo creo que el tal Calabazar tiene, como destino nefando, el de perecer én el barro, como las ciudades que conviven con los volcanes, tienen el de morir abrasadas por sus implacables vecinos. En las calles—de algún modo hay que llamarlas—de aquél mefítico lugarejo, vetustas generaciones de légamo podrido, dormían en la quietud de un sueño,

velado por la pereza tradicional, por la incuria consuetudinaria de aquellas gentes. ¡Qué horror más profundo el inspirado por aquellas charcas, coronadas por espesas nubes de zumbadores mosquitos, repletas de envénenados miasmas, cobijados bajo aquellos turbios cristales, fúnebremente quietos, que brillaban con el tono azul del acero empavonado, al reflejar la luz opaca del cielo negro y sombrío! Cuando las atravesábamos, hundiéndonos en ellas con el estoicismo de lo que se hace porque fatalmente ha de hacerse, creíamos, al remover el fondo de aquellos sentinas, herir con nuestros pies la muerte hecha materia, porque la muerte salía en cálidas impalpables ondas, de las profundidades de aquellos remansos, en cuyos sedimentos anidaba, envenenando la tierra con su contacto, infectando el aire bajo el ardiente latigazo del sol.

Al fin dimos en la plaza, especie de golfo, donde aquel obscuro océano se abría plácidamente en dilatadas anchuras, llevando sus negras mareas hasta el umbral de las casas.

En una de ellas, adornada con el título de «Casino Español», nuestra bandera pen-

día sobre la puerta en elevada asta. Caida sobre ella, en desmayados pliegues, la enseña de la patria, desteñidos por la lluvia sus alegres colores, parecía algo triste y próximo á derrumbarse; ¡quizás semejaba, águila un día poderosa y triunfante, hoy desplomada, con las alas inertes, desde la altura excelsa, donde palmas de gloria la abrigaron y soles victoriosos la coronaron con sus rayos!

Permanecimos allí poco tiempo. Después de un breve reposo, abandonamos aquel pueblo asfixiado por el cieno.

Dejamos el camino, impracticable en absoluto, y caminandode «potrero» á «potrero», hicimos rumbo al «Ingenio Natalia», límite de nuestra jornada en aquel día.

⁂

Dado que nadie haya sentido penetrar por sus ojos y por sus oídos, con tanta aplastante verdad como nosotros aquella tarde, los apocalípticos horrores que han de servir á los mundos de canto funeral en el trágico día que cuente entre los suyos, la hora en que la vida del planeta dé su postrer latido.

Bajo un cielo obscuro, que casi gravitaba sobre nuestras cabezas, avanzábamos empapado por un turbión que nos flagelaba implacable, y que después de cegarnos con sus remolinos, corría desbordado sobre la tierra cubierta de espartillo. Rodaba el trueno entre las brumas del celaje, con tan soberbio retumbar, que las cejas de monte cercanas, al devolver el estallido centuplicado por el eco, parecían rasgarse con clamorosa trepidación; y allá abajo, por Occidente, la noche que venía, se incendiaba con el fulgor de los relámpagos y el chispear de las exhalaciones; y cuando el nublado se rasgaba como con un parpadeo incesante, ardía el horizonte en purpuradas franjas de luz, sobıe las cuales, como dorada apoteósis, dibujábans

ejércitos de palmeras, maniguales sombríos, dobladas aquéllas, desmelenados éstos, por el corage del vendaval.

No sé cuántas horas caminamos entre aquella especie de delirio de la Naturaleza. Recuerdo que íbamos ya entre la obscuridad de la noche pasando como sombras. Nadie hablaba, ni protestaba, hundidos en el más profundo abatimiento. No obstante, algunos se animaban mútuamente, sin conocerse, con la piadosa fraternidad que despierta el instinto de los grandes peligros; y varios soldados, que dejaron en las traidoras ciénagas, hundidos los zapatos, y salieron de ellas con los pies sangrientos y destrozados, caminaban sostenidos por los brazos de sus compañeros. Avanzábamos siempre. ¡Andar y siempre andar!: siempre adelante; por la línea recta:; ¡siempre hacia Poniente, hacia aquellas obscuridades, de donde en las alas de la tormenta había surgido la noche, que ahora nos hundía, nos anegaba entre sus brumas! De pronto sentí resonar las pisadas de mi caballo sobre un terreno firme. La lluvia dejó de azotarme. Atravesábamos un recinto cubierto. Era la portalada del «Ingenio Natalia».

Invadimos el ancho y desierto batey. Los elementos rugían con la misma violencia, pero ya nos sentíamos fuertes contra ellos: la fuerza formó ordenadamente; se designó alojamiento para las Compañías; se montó con toda rapidez el servicio de seguridad, y ya iba á darse la orden de romper filas, cuando en la cercana puerta del Ingenio resonó un disparo, y tras él, una descarga seguida de vivo tiroteo.

Las compañías, al mando de sus oficiales, corrieron al recinto y el fuego se formalizó en la oscuridad, entre el fragor del viento y de la lluvia. Resonaba en los campos sobre él la gritería de los insurrectos y el ruido de sus descargas: dentro del batey se percibían, secas y ordenadas, las de nuestros fusiles, y á las rápidas fulguraciones de la electricidad atmosférica, se veían nuestros soldados, disparando, rodilla en tierra, detrás de las cercas de alambre.

No es fácil, á los que la han presenciado, olvidar la trágica hermosura de aquellos momentos. ¡Los hombres peleando con furor implacable sobre la tierra extremecida por la tempestad: la tempestad, batallando iracunda sobre tierra extremecida por el odio!

No tardó en terminar la escaramuza.

Una banda separatista, la partida de Bermúdez, huyendo del temporal, venía al ingenio, en demanda de refugio y topó con nuestras avanzadas. Decían que se retiró escarmentada, pero á nosotros también, y como sangriento presente de aquella noche infernal, nos dejó un guerrillero, herido con lesión terrible por un balazo en el vientre.

Colocaron al infortunado en un catre perteneciente al administrador del ingenio. Era el herido de la raza criolla, alto, delgado, con la delgadez acerada de los de su origen. Su rostro, encuadrado por larga y enmarañada barba negra, languidecía bajo la palidez del colapso: sus ojos me miraban con ansiosa fijeza mientras duró la exploración de su tremenda herida. No sé si en los míos leería la tristeza del pronóstico, pero cuando yo levanté mi cabeza, él dejó caer sus párpados y no los volvió á levantar. Murió antes de acabar la noche. Ya no llovía. Caía lentamente el agua rebalsada en los aleros del tejado, y el acompasado golpear de aquellas gotas sobre la tierra, fué el único rumor que acompañó en la

soledad de la amanecida; la muerte de aquel mártir.

Brilló la aurora. El firmamento sonrió azul y brillante sobre los campos anegados. Un hálito de vida, poderosa y nueva, palpitaba en aquella mañana llena de esplendores. El sol cubría con su manto de oro la hermosura de las salvas, y entre esas frondosidades se besaban, en fulgurantes nupcias, las gotas de agua depositadas por la reciente lluvia en el ramaje, y los plácidos destellos de la luz matinal.

Pronto se dispuso el entierro de aquel pobre guerrillero, que en brazos de dos amigos fué transportado al sitio donde había de encontrar el descanso del eterno sueño. No había caja: una fuerte lona envolvía aquel cuerpo inerte y pálido, que piadosamente conducido llegó hasta el lugar de su sepelio. Era un rincón paradisiaco. No hubiera soñado un poeta tumba más orlada de sencillas bellezas. Cuatro plátanos esbeltos y frondosos, circunscribiendo una amena y reducida glorieta, unían sus verdes copas á gran altura. Poderosas plantas trepadoras, llenas de soberbia lozanía, se enlazaban á los verdes troncos y servían de espeso enre-

jado, por el cual, la luz del sol pasaba tamizada en áureo polvo, exclareciendo suavemente aquella especie de santuario natural, en cuyo suelo, liquenes matizados con preciosas tintas esmaltaban espesa alfombra, constituida por apretadas masas de helechos arborescentes. Grata sombra y dulce frescura, hacían más regalado aquel lugar idílico, que parecía proyectado para nido y debía servir para tumba.

No tardó en estar lista la fosa. En medio de un silencio imponente, fué depositado en ella el cuerpo del guerrillero. Y no hubo rezos en los labios, ¡pero sí rezaron los corazones, con esa muda plegaria que cristaliza en una lágrima rabiosamente ahogada entre los párpados y que serpea por los nervios como un leve extremecimiento de religioso respeto!

Luego la soledad. Allí quedaba el muerto. Los vivos le abandonaban; tal vez para buscar una tumba parecida á la suya en las profundidades del bosque.

. . . .

Era aquel el primer muerto que yo veía en acción de guerra en aquella campaña, ¡donde más tarde tantos había de ver! Qui-

zás por eso, su recuerdo arraigó en mí memoria como tenaz obsesión. ¿Qué habría sido—me preguntaba yo muchas veces—de aquella fosa tan piadosamente abierta y escondida en aquel templo de follaje, embalsamado y tapizado de flores? El azar me proporcionó ocasión de saberlo. Muchos meses después, persiguiendo á Máximo Gómez, tocó mi columna en el ingenio Natalia. Me encaminé con afán vehemente á la tumba del guerrillero. Recordaba bien el sitio y me costó trabajo encontrarlo. La mano brutal de la guerra había pasado por allí. Los plátanos, desmochados, solo dejaban ver sus troncos, que asomaban astillados entre espesa masa de follaje, como huesos rotos, que atraviesan las carnes con sus fragmentos puntiagudos. Las que fueron lozanas enredaderas, delicadamente plegadas á los troncos gallardos, eran conjunto enmarañado de hojarasca hosca y revuelta, sobre la cuál los cactus salvajes clavaban sus hojas, duras como fuertes espadas. Allí toda línea había desaparecido. El nido hermoso era un montón de yerbas bravías, creciendo desmelenadas. ¡Bajo ellas el hombre dormiría para siempre ignorado!

¡Uno más á quien la crueldad del destino negaba hasta las caricias del sol para la tierra de su fosa! ¡hasta el triste consuelo de que ante la cruz de palo que allí clavamos un día, dijeran los hombres de corazón:

—¡Paz al soldado que murió cumpliendo con su deber!

. . . .

Pocos momentos después, abandonamos el Ingenio.

Los exploradores de la partida rechazada nos vijilaban desde las cercanas espesuras y aun hostigaron nuestra retaguardia con algunos disparos.

Probablemente aquella noche serían ellos los huéspedes del «Natalia».

VIII

Guardia de Honor

Era la noche del 6 de Diciembre de 1896, y ya, no sonadas aún las once, nos disponíamos á dormir, los cuatro socios que en franca y cordial amistad constituíamos en Placetas una de las «repúblicas» más consideradas, por el orden y la severidad que presidían á todas sus manifestaciones; severidad y orden, aunque me esté mal el decirlo, que más de una vez ganaron para aquel organismo el dictado de institución modelo en economía doméstica, en gracia á lo morigerado de nuestros usos y costumbres, allí, donde los azares de la vida andariega, propia de la guerra, no dejaban de ser un in-

centivo para toda clase de aventuras á salto de mata, inevitables casi á otros hogares, constituídos sobre cimientos menos sólidos que el nuestro, regido por la intachable gestión de un inolvidable asistente, licenciado de la guardia civil, con veinte años de país, ducho en todas las sutilezas propias de un veterano, maestro en las mañas de la paz y de la guerra; con más gramática parda que el inventor de este cuerpo inmortal de doctrina, y con tan excelentes innatas facultades para arreglar una casa, que al mismo diablo, y nunca en perjuicio propio, le contara los pelos.

Hallábase situada nuestra casa en uno de los barrios más extremos de Placetas, no precisamente por estar muy alejada del centro, sino por lindar con el campo abierto. Era un amplio edificio de madera, limitado posteriormente por un extenso patio, flanqueado á la derecha por las casas de unos mercaderes chinos, y á la izquierda por una alta valla, amparo de un miserable bohío, donde una familia mulata cultivaba el nobilísimo oficio del lavado y planchado de ropa blanca, refugio entonces de muchas familias pobres, pero honradas, venidas á menos por

los rigores de la guerra y por la fuga á la manigua de los que hubieran podido ayudar á la vida de los suyos con el trabajo de sus manos.

En la misma línea de nuestro domicilio se destacaba el «Hotel Inglés», abominable tugurio de negras tablas y techo de guano, colocado, mediante su título, bajo la advocación de la gran Inglaterra, como si la hinchazón del apellido quisiera ocultar las miserias del interior, oscuro recinto, donde telarañas seculares, cobijaban los ricos tesoros de la cocina cubana, y como cosa «extra» ó plato del día, unos cangrejos, en cierta salsa, que, á mi modo de ver, habrá sido prohibida «incontinenti» por los apremiantes pujos higiénicos del «Poder Interventor», como enemiga de toda salubridad, en los que á falta de otra cosa mejor, tenían que apechugar con ella.

Frente al Hotel, en la intersección de dos calles, y coronando una bien surtida tienda, propiedad de un opulento comerciante español, se alzaba, fuerte y gallarda, una torre de ladrillos, donde el Cuerpo de Ingenieros tenía instalada una estación heliográfica.

Era una esbelta construcción, que elevándose sobre todas las inmediatas, servía de punto de constante vigilancia, porque desde su azotea se abarcaban en extenso radio las inmediaciones del poblado. Tres líneas de aspilleras se abrían en su robusta fábrica, y la torre, siempre atenta y en acecho, de día, escudriñaba los campos, con el anteojo de campaña de sus centinelas; y de noche, tendía en la oscuridad, como flechas de oro, los haces luminosos que desde el espejo reflector llegaban á los vecinos heliógrafos, transmitiendo los despachos del servicio, en el cual eran incansables los seis individuos y una clase del Batallón de Ingenieros telegrafistas allí destacados.

Frente á nuestra casa se alzaba triste y callado el «Casino Chino». Aunque atraido hacia él, por la curiosidad que inspira todo lo desconocido, jamás fuí osado á traspasar aquellos dinteles, donde parecía velar amenazadora la imagen del silencio. Y no fué precisamente el respeto á lo que se reputa como extraño ó misterioso, lo que enfrenó mis deseos: fué que algunos exploradores de aquellas zahurdas, sacaron de ellas tal y tan mal oliente relato, que el instinto de la re-

pugnancia, siempre venció al de mi curiosidad: y aunque ésta, rebelde, me mordía, cuando al caer la tarde, veíamos salir algunos de los «respetables miembros»—así los llamábamos—vacilando, con aires de noctámbulos, como el que se levanta rendido de la miserable esterilla sobre la cual se fuma el opio, pronto era valladar de mi deseo la consideración de que allí dentro, donde algunas veces mi imaginación suponía el atractivo de lo exótico, también hedían, y no como ficción imaginativa, sino como triste verdad, las sordideces de un hospital chino, donde muchos infortunados, asistidos por la ignorancia de un curandero de su raza, sufrían y morían en la abyección. Más de una vez, en las altas horas de la noche vimos sacar los cadáveres, colgados como un fardo del centro de una larga palanca, suspendida en los hombros de sus conductores, que al ritmo de su paso menudo y veloz, hacían trepidar con brutal indiferencia aquella masa de carne.

***

Digo, pues, cobrando el hilo de mi narración, que ya nos disponíamos á coger el sueño, y ya toda la casa reposaba en blanda calma y regalado silencio, cuando resonó, á lo lejos, un disparo de fusil.

Tengo bien presente, que dejando el periódico que leía sobre la silla, que á falta de otro mejor servía de mueble de cabecera, me vestí con maquinal rapidez, saliendo á la sala, territorio común á todos los miembros de la «república», á tiempo que los tres restantes en aquélla daban, y que los cuatro asistentes, alguno ya con fusil y correaje, se reunían en un inmediato corredor.

No era, en verdad, motivo para justificada alarma el ruído de un disparo resonando en medio de la noche. En casi todas, era el estampido de la pólvora accidente consuetudinario, y jamás nos habían preocupado ni interrumpido el sueño las detonaciones, que ya procedentes del campo, ya de nuestro recinto, menudeaban hasta las primeras luces del alba. Por eso, al reunirnos,

todos nos preguntábamos, mirándonos mútuamente con imperiosa curiosidad, la causa de la súbita alarma, producida por aquel tiro de fusil, que siendo uno de tantos, como de ordinario nos acariciaban los oidos, por ellos metía su estampido, para sacudirnos el alma, con la instintiva emoción del peligro. En estas reflexiones andábamos, y ya retozaba en algunos labios aquella expresión de «los dedos parecen huéspedes», cuando en el cercano Cuartel que ocupaba el Regimiento Caballería de Camajuaní, oimos el toque de «botasillas», que fué para nosotros la revelación clara de que algo insólito ocurría, para que así á tales horas alborotasen, á compás, la pólvora y el clarín.

Extinguidos sus ecos vibrantes, agudos y límpidos, el silencio de la noche recobró su imperio majestuoso. Resueltos nosotros, en pos de breve consejo, á efectuar un reconocimiento, salimos al patio. El blanco resplandor de la luna en pleno zénit, tendía en la tierra plateada alfombra, sobre la cual nuestras sombras, gigantescamente prolongadas, se destacaban con ruda limpieza de contornos. Con la cabeza tendida nerviosamente al aire, aplicamos el oído, sin

percibir más rumor que algún lejano ladrido. Abrimos la puerta principal y exploramos la calle, dormida y callada, bajo la transparente luz, caída del cielo profundo y sereno. A nuestra izquierda reposaba el fuerte heliográfico, sin que el más insignificante ruido delatase en él movimiento de alarma. A la derecha igual tranquilidad en todas partes, hasta en la hondonada donde se alzaba el Cuartel de Camajuaní.

Fué preciso reconocer lo injustificado de aquella sugestión del peligro que acababa de herirnos. Reunidos nuevamente, convinimos después de no corta espera, y en vista de la absoluta tranquilidad reinante, en volver en demanda de nuestros lechos. No obstante, decidíamos, tras madura discusión, el imperio del sosiego y de la calma, y aunque ocultando nuestros recelos, no creíamos en uno ni en otra con firme seguridad. Aquel toque de botasillas en horas tales, era para nosotros una interrogación que no tenía respuesta irrebatible. Decidimos acostarnos, sí, pero estableciendo en el patio un servicio de vigilancia, que fué mediante un turno, montado por uno de los asistentes.

Con gran extrañeza de todos, el veteran

exguardia, tan propicio para todo lo concerniente á las honorables obligaciones de su mayordomía doméstica, y tan refractario para cuanto suponía perturbación del sosiego á que sus años le daban cierto implícito derecho, reclamó el primer lugar. Esta circunstancia no fué para nosotros tranquilizadora. Sabíamos, por experiencia, que aquel veterano, astuto como un zorro, olfateaba el peligro.

— Se extinguieron las luces y se hizo de nuevo el silencio, que solo duró un momento, porque una descarga nutridísima y próxima retumbó, haciendo temblar la casa, al mismo tiempo que el centinela entraba, diciendo con voz opaca por la emoción:

—¡Ahí están los insurrectos!

***

No tardamos un segundo en reunirnos en la misma sala, testigo de las pasadas y baldías deliberaciones. Nos mirábamos aho-

ra con cierto agudo estupor, y ya no acudían á nuestros labios las chirigotas que ilustraron, momentos antes, el texto de nuestra discusión. El peligro presentido, era la apremiante realidad. Por el fondo del patio venía un bronco rumor, en el que se percibían, claros y distintos, los «vivas» á Máximo Gómez, y en la calle, por uno y otro flanco, el tiroteo comenzaba con viveza. Matamos las luces y abriendo la puerta, nos dimos cuenta de la situación.

Desde la esquina de la manzana en que figuraba nuestra casa, un numeroso grupo de insurrectos se batía con el fuerte heliográfico. A retaguardia nuestra, el combate era también vivo y empeñado; y cual marea que se acerca, percibíanse más cercanos á cada momento, los furiosos gritos de los mambises, y entre ellos, estrépito de puertas derribadas y desgarradores gemidos de mujer.

Pronto chispearon los primeros reflejos del incendio, que proyectando su rojo resplandor en nuestro patio, nos descubrían irremisiblemente. Juzgamos inevitable un ataque á la casa, por el fondo de ella, y empuñando los fusiles, que á prevención tenía-

mos, nos dispusimos á resistir entre aquellas tablas; pero pronto comprendimos que la defensa sería inútil, porque al arder, y ya empezaba alguno, cuantos edificios de madera nos rodeaban, el fuego nos aniquilaría, y decidimos emprender la retirada hacia el vecino fuerte.

Abandonamos la casa sigilosamente. En el heliógrafo nos esperaban.—Vengan pronto, vengan—nos gritaron: y á merced de dos fuegos cruzados, entre el silbido de las balas, atravesamos el corto espacio que de la torre nos separaba.

Entramos en ella, ocupando un lugar entre los que allí hostilizaban al enemigo, apostado en numerosas masas en el opuesto frente. Dentro del fuerte, el espectáculo era de profunda, de abrumadora tristeza por una parte; de poderoso vigor por otra. En la mezquina planta baja, tiradas más bien que caídas, llenando en informe palpitante montón el hueco de una estrecha escalera, un tropel de mujeres, casi desnudas, fugitivas del saqueo, temblaban en las más violentas actitudes. Alguna, de rodillas, con un niño pendiente del descubierto seno, levantaba iracunda su cabeza hacia el remate de la es-

calera, donde el tiroteo y los vivas á España vibraban como interminable explosión. Otra, á quien acababa de hacer viuda el traidor asesinato de su marido, rugía más bien que lloraba, con el rostro pegado al terroso suelo, llenando aquel cóncavo recinto, con un siniestro alarido; y otra, en fin, joven y hermosa, á quien los insurrectos habían brutalmente apaleado y cortado á cercén la espléndida mata de pelo, gemía, en pie, con la frente junto al muro, indiferente, con la pasividad de la desesperación, al estruendo que la rodeaba. Por las aspilleras hacían irrupción el humo y el resplandor del incendio. Una casa inmediata, en la acera opuesta á la torre, casi lindante á la nuestra, ardía por los cuatro costados. En la obscuridad de la noche, las llamas parecían subir hasta el cielo, clavarse en él, y en él dejar surcos enrojecidos, como heridas sangrantes.

Entre los machones, calcinados por el fuego, se veían cruzar los insurrectos cargando informes líos, arrastrando voluminosas cajas producto de las tiendas robadas. Cuando alguno de ellos caia sobre aquel ardiente rescoldo, un coro de aclamaciones

poderosas tronaba en los senos lóbregos del fortín exacerbando á sus defensores soldados y voluntarios, animando con rabioso júbilo, sus rostros congestionados por la ira y ennegrecidos por el humo de la pólvora.

El deber me obligó á salir de la torre heliográfica, para ocupar mi puesto en el Hospital. Sorteando peligros, salvando dificultades, llegué hasta él antes de que ingresaran los primeros heridos.

La noche fué de tarea cruel y sin tregua. El combate arrojaba sin cesar sus despojos sangrientos en los lechos de la Clínica, y sin cesar también rujía en el extremo del poblado.

⁂

Duró toda la noche. Ya apuntaban las primeras luces del alba tardía de Diciembre, cuando resonó la última descarga de los insurrectos que huían rechazados; y en un instante de relativo reposo, creció en mi

alma como aguda angustia una preocupación que desde el comienzo de la lucha me invadía, ocasionándome profunda intranquilidad.

En el extremo Sur de la población estaba aislada por razones de higiene, la Clínica de enfermos infecciosos, sin fuerzas próximas entonces por hallarse la plaza escasamente guarnecida, sin recursos propios para defenderse y ocupada á la sazón por cinco ó seis hospitalizados, bajo la vigilancia de un sanitario y un enfermero. Era seguro que si los separatistas habían llegado hasta allí, la impunidad habría sido compañera del sacrificio de aquellos infelices. No tardé en disponerme á recibir noticias de lo que yo juzgaba inevitable inmolación, ordenando á una clase con un grupo de voluntarios, que me trajese detalles de lo ocurrido. Regresaron en breve tiempo, que fué para mí de penosa incertidumbre.

Cuando el sanitario comisionado volvió á mi presencia, impulsos me dieron de increparle, al ver la expresión plácida y sonriente de su fisonomía.

—¿Qué ocurre, han estado allí los insurrectos?—pregunté con irreprimible ansiedad.

—Sí señor.

—¿Y qué han hecho en la enfermería?

—Pues... ponerla guardia de honor.

Busqué algo al alcance de mi mano. para arrojarlo á la cabeza del que así defraudaba mis tristes presentimientos; pero en aquel instante apareció en el umbral de mi despacho el sanitario de infecciosos, y mudo de asombro, ánte su alegre continente, esperé su relato.

Llamábase el tal sanitario Federico Perelló. No quiero negar á mi pluma el honor de trazar la silueta de aquél á quien puede llamarse justamente pobre héroe. Su abolengo era valenciano. Su aspecto, la imagen perfecta del soldado, que por su escasa vivacidad vive siempre en las filas bajo la denominación de «quinto». Pero esto, en nuestro hombre, era sólo el exterior; eran sólo aquella fisonomía llena de simpática rudeza, aquella pasividad agravada por una circunstancia lamentable. Perelló sin ser tartamudo, era tartajoso en grado suficiente, para que la palabra resultase en sus labios incompleta y atropellada; pero yo comprendí que por aquella boca hablaba un alma, serena y brava, el día en que al abrir la

Clínica de infecciosos, Perelló se adelantó resueltamente, diciendo:

—Yo soy voluntario.

Y voluntario fué á prestar aquél difícil, aquél arriesgado servicio, que llenó mucho tiempo con admirable abnegación, con probado heroismo, con desprecio de la propia vida, en quien, como él, no tenía, en manera alguna, inmunidad adquirida, ante las terribles infecciones que allí se asistían; y cumpliendo siempre su deber con militar exactitud, se hizo acreedor á la estimación de todos, y á que la Superioridad le concediese á mi propuesta, el galón de distinguido.

Este era el hombre que en aquella mañana debía hacerme el relato de lo ocurrido en su Clínica, durante la triste noche pasada. Relato que no tardó en comenzar, y que yo doy á continuación, siquiera el mío no sea, ni con mucho, la pintoresca exposición de hechos, difícilmente realizada, con innumerables tropezones, por la premiosa palabra de aquél soldado.

—Pues llegaron—dijo—los insurrectos á la media noche. Eran muchos, muchos. Yo los sentí venir y formé mi plan, pues no po-

día resistir, y para salvar los enfermos había que discurrir algo. Pronto me apercibí de que un grupo llegaba á la puerta. Algunos, antes de llamar, querían prender fuego al edificio; pero al fin, golpearon y abrí. Usted sabe que tenemos allí un negro horriblemente atacado por la viruela. Antes de franquear la puerta había cargado con él, colocándole en una cama, en sitio donde la luz le daba de lleno haciendo resaltar lo deforme de su cabeza bajo los estragos de la viruela. El tropel de mambises no pasó del umbral: detuviéronse sorprendidos y aterrados, ante aquél infeliz monstruosamente hinchado y el que hacía de jefe me preguntó:

—¿Y ese qué tiene?

—Viruela—contesté.

¿Viruela has dicho? Ni un petardo les hubiera hecho más efecto que aquella palabra. Retrocedieron á una cual movidos por un sólo impulso. ¡Fuera todos! gritó el Jefe, y como por todas partes, al cebo de la presa fácil, comenzaban á llegar grupos de insurrectos para que nadie entrase, me colocaron en cada puerta dos centinelas. Allí han estado hasta que les llegó la de

vámonos, sin que hayan puesto un pie en la enfermería. Ya ve usted, cómo es verdad, que me han puesto «guardia de honor».

Hay que advertir, como complemento á este relato, y como explicación lógica en aquellas circunstancias, que en Cuba, sobre todo entre el pueblo, era tan profundo el horror á la viruela, que los deudos más allegados se abandonaban sin reparo ante aquella enfermedad que allí reviste formas terribles, sobre todo en la raza de color; pero no es menos cierto, que Perelló utilizando el pavor del contagio había salvado del saqueo la Clínica confiada á su cuidado, evitando acaso el sacrificio propio y el de los enfermos allí acogidos.

Satisfecho, y con emoción, estreché la mano de aquel soldado.

. . . .

. . . .

¡Y cuán implacable fué luego con él la muerte!

Murió de la fiebre amarilla, cuando consumado nuestro desastre le faltaban sólo breves días para embarcar en demanda de las risueñas márgenes valencianas,

Murió como había vivido tantos meses. Al lado de un enfermo. Cumpliendo hasta última hora con su deber.

¡Era un valiente! Fué infortunado.

¡Descanse en paz!

IX

De cómo supe yo la muerte de Cánovas

Al mediar el día 17 de Agosto de 1897, abandonaba yo la histórica ciudad de Sancti-Spíritus, cumpliendo órdenes superiores, que me imponían otro destino y me preparaba, con la mejor disposición de ánimo posible en aquellas circunstancias, tan poco propicias para impulsos de alegría, á recorrer el corto trayecto que separa á la vieja villa del Yayabo, del puerto de Tunas de Zaza, que era entonces, por las contingencias de la guerra en el interior, punto obligado de comunicación.

No llegará á 60 kilómetros el desarrollo

de la vía férrea que une los dos puntos mencionados, ni era nunca menor de cuatro ó cinco horas, el tiempo invertido por el tren en recorrer aquella distancia, salvo descarrilamiento ó explosión de bomba por obra y gracia de los insurrectos, que si mostraron siempre especial disposición para destruir, con singular astucia, la mayor parte de las líneas de la Isla, en esta, lograron, á mansalva, numerosos éxitos, por la configuración especial del terreno, que dificultaba la vigilancia. Afortunadamente, la invasión de Weyler, como ellos decían, limpió de partidas todas las zonas donde por entonces gravitaba continua, vigorosa y tenaz, la acción de nuestras columnas; y en el tiempo á que me refiero, el tren de Spíritus á Zaza, circulaba con normalidad, casi absoluta, y con una lentitud desesperante, verdadero suplicio del pasaje, peregrino á paso de tortuga, sobre aquellos campos, incendiados por el sol del trópico, en Agosto, y encarcelado en aquellos coches, donde toda incomodidad tiene su asiento.

—He de confesar, que salía gozoso de Sancti Spíritus, antiquísimo poblachón triste y sombrío, sin ninguna de las bellezas natu-

rales que hacen alegres y rientes á la mayor parte de los poblados de Cuba, y con todas las lobregueces propias de una vieja ciudad, apiñada á «orillas» de un río, pantanoso gran parte del año, y á la sombra de una cadena de montañas, que roba luz y ventilación á sus calles, torcidas y retorcidas en inextricable laberinto, á donde el sol llega, no como energía vivificante, sino como cauterio abrasador; y á donde la brisa del mar, no muy lejano, alienta, no con las refrigerantes emanaciones de las olas, sino con el abrasado afluvio de las sabanas, calcinadas por una temperatura abrumadora.

Sancti Spíritus, era un pueblo de corteza española y corazón mambí. Al recorrer aquellas calles, en su mayoría tortuosas, estrechas, limitadas por casas altas y destartaladas, muchas de ellas con blasón en la puerta, como en nuestras viejas ciudades españolas; al contemplar sus iglesias ennegrecidas por la pátina del tiempo, solemnes y severas con la augusta seriedad de su traza arquitectural, la imagen de la patria surgía en nosotros evocada por aquella semejanza de lugar: algunas veces al cruzar el puente, que le acceso á la población por la parte Norte,

enlazándola con una ancha calzada á la que sombrean añosos árboles, he creído ver los umbrales de uno de esos pueblos de Castilla, que á uno y otro lado de la carretera, su vía principal, levantan sus arrabales, saturados de característico bullicio: pero cuando, poco á poco, se estudiaba la fisonomía moral de medio, la decepción era tremenda, porque allí, salvo contadas excepciones, el odio á España, se leía en todos los ojos y se mascaba en la atmósfera.

Sancti Spíritus, su ambiente social, su atmósfera abrasada, llegaron á gravitar sobre mí con pesadumbre abrumadora: creo que el tedio, con su invencible depresión orgánica y psicológica, me hubiera aplastado, si el trabajo contínuo no hubiese exigido todas mis energías físicas y morales, llevándolas con poderosa atracción al cumplimiento del deber y robándome tiempo y ocasión para pensar en otra cosa que no fueran las rudas labores de la clínica, en aquellos hospitales inmensos, donde los batallones devorados por el clima y las fatigas de la guerra, caían como pavesas desprendidas de una poderosa hoguera.

¡Cuán tristes, cuán tremendos, los dí-

pasados entre aquellos centenares de valientes, que habían perdido en los bosques pantanosos, la sangre brava y fuerte de la madre España, y caían en los catres de los hospitales, á montones, rechinando los dientes con el frío de la calentura, blanqueados por la anemia, fulminados por el vómito negro! Y sin embargo de aquellos lechos, donde la carne joven, palpitaba dolorida, con enrojecimientos febriles, siniestramente acusados sobre la térrea palidez de la anemia, brotaba un hálito de vida, pujante y vencedor: aquello era la batalla silenciosa, la batalla librada en la sombra, donde la fibra española, la dura fibra española, luchaba con las traidoras inclemencias del clima cubano: aquello era la contienda donde los caidos, no tendrán jamás una mano que los lleve al libro de oro de los héroes, porque morían entre los pliegues de una sábana, no entre los pliegues de la bandera; pero de aquel tremendo pelear, obscuro y silencioso, donde mil veces sufría prueba durísima, el temple orgánico de nuestra raza; salía éste, muchas, muchas veces, triunfante, victorioso, acerado por todo género de dolores, con nuevas fuerzas para empu-

ñar el fusil, con nuevo aliento en el alma, para defender la enseña nacional, que por entonces nadie osaba, ¡ni suponer siquiera que habría de ser arriada en la Isla, en día nefasto!

⁂

Heme ya en el tren, dispuesto á pasar seis mortales horas en un coche desvencijado. Jarao, Banao, Paredes, Guasimal, estaciones de la línea, desplegaban á nuestro paso sus míseros poblados, con las calles encharcadas por la lluvia, flanqueadas por los tambores de la fortificación, rebosantes de la multitud famélica y aniquilada, que la reconcentración arrojaba en aquellos bohíos, sucios y negros, dispuestos en simétricas hileras, como grandes túmulos, tendidos en las avenidas de un cementerio. Allí estaban agrupados á la puerta de sus misérrimos escondrijos, los traidores expulsados de los campos por la dura ley de la guerra y po

la sábia tenacidad de un caudillo ilustre; allí estaban asaeteando al tren con sus miradas rencorosas; ellos, altivamente perfilados bajo los inmensos sombreros de guano; ellas, rebujadas entre la suciedad de sus harapos, y por todas partes, un enjambre de chiquillos, impúdicamente desnudos, con la cara comida por la miseria orgánica y el vientre hinchado por los infartos; todos callados y sombríos ante el espectáculo de aquel convoy, donde iban armados y vigilantes los aborrecidos españoles, que ellos supieron envolver entre la trama de sus mentiras, en los dichosos tiempos en que, dueños de los campos, eran devotísimos espías de los insurrectos y engaño constante de las columnas, cuando no azote de las retaguardias, cruelmente hostigadas por sus disparos, desde sitio seguro é invisible.

Poderoso contraste era, en verdad, el de aquellas momias vivientes, pálidas figuras de pergamino, moviéndose en el explérdido fondo de los campos cubanos, donde la naturaleza, siempre joven y virgen, renueva por un perpétuo esfuerzo de sus inacabables energías, la grandiosidad de sus hermosuras,

revelándose siempre bella y fecunda, á despecho de la guerra, nunca saciada de azotar con látigo de fuego el próvido seno de aquella tierra, engarzada por Dios entre los mares, para ser madre generosa de una raza feliz, y trocada por el odio de los hombres en furia vengativa, jamás ahita de sangre, ni fatigada de luchar.

Ardían los campos aquella tarde, bajo la luz meridiana, como si reflejaran áureas reverberaciones.

Parpadeaba el sol entre el azul deslumbrador de los cielos, y su aliento de fuego aplanaba con la modorra estival á todo lo que vivía. Los profundos platanares, los cañaverales espesos, con las anchas hojas, péndulas, caídas en lánguido desmayo; las palmeras, con su verde cabellera inmóvil; las copudas guásimas dormidas en una quietud que parecía una cristalización, fingían ejércitos, invadidos por la parálisis de la asfixia, en una atmósfera caliginosa; y las guarniciones de los fuertes de la línea, formadas en ala y terciando las armas al paso del tren, clavaban con afán sus ojos en la línea obscura, por él descrita, para separarlos un instante de aquel intenso y cegador

deslumbramiento que los cielos volcaban sobre la tierra.

A medida que avanzábamos al mar, transformábase el paisaje. Apareció al fin en el horizonte la línea azul del Occéano. Quedaron atrás las lomas abruptas y sombrías ceñidas por el salvaje festón de sus bosques: el terreno era llano: á nuestra izquierda el río Zaza, deslizando espléndido y majestuoso el caudal de sus aguas: á la derecha, el mar del Sur, abriendo blandamente sus olas rumorosas, para que muera en ellas el gran río, levantando una palpitación de espuma; y por todas partes, como urdimbre de argentadas mallas, esteros anchos y profundos, donde las aguas del mar reposan límpidas é inmóviles. Las cercanías de Tunas de Zaza parecían aquella tarde talladas en cristal como paisaje prodigioso, trazado por magia milagrosa para el recreo de infantiles imaginaciones. Por todas partes, un desbordamiento de plata, centuplicando la claridad del día; por todas partes, el agua dormida; desde el lejano horizonte, donde el Atlántico reposaba en la muelle calma de sus amplias ondulaciones, hasta la línea férrea, en cuyos flancos, los blokaus, construídos de

rails, levantaban rudamente sus negros escorzos sobre la bruñida superficie de un lago.

***

A las cinco de la tarde entraba la locomotora en el «paradero» de Tunas de Zaza, y pocos momentos después, la mayor parte del pasaje discurría filosóficamente por el pueblo, reflexionando sobre la mejor manera de invertir las seis horas que tardaríamos en embarcar, pues hasta las once de la noche no arribaría el vapor que debía tomarnos á su bordo.

Yo, y como yo otros muchos, nos dedicamos á recorrer el poblado, constituido por una calle bastante extensa, flanqueada por casas de madera, la mayoría de un solo piso, con su cobertizo correspondiente, y cortada por otras dos ó tres vías perpendiculares al mar, que rompía apaciblemente en las últimas edificaciones, la corva línea de sus olas.

Según todas las referencias que «de visu» íbamos recogiendo, el vecindario de Tunas

de Zaza, debe gozar una existencia deliciosa. La mayor parte de las casas, levantadas sobre postes, tienen el mar por subsuelo y en la hora de las mareas, las olas batallan y resuenan bajo el maderamen de los pavimentos. El aire á pesar del beneficioso influjo del mar, respírase enrarecido por una temperatura no endulzada por la presencia de las grandes masas vegetales, pues los contornos de Zaza son absolutamente estériles,y denso por la constante evaporación de las grandes cantidades de agua estancada. Allí se siente, se palpa el miasma palúdico, azote tan inclemente de aquella zona, que las guarniciones de la línea necesitaban ser relevadas cada quince días, para no ser diezmadas por la fiebre. Allí el agua potable es artículo de importación, que se consume con tanta parquedad, como en plaza sitiada; y sin hacer mérito de los escuadrones de cangrejos, que pululan por todas partes, son también plagas de importación, abrumadoras nubes de mosquitos que caen sobre el pueblo, cuando sopla el viento de tierra desde los manglares inmediatos,como legión devastadora,que siembra el terror por donde lleva sus agudos trompeteos é implacables

alfilerazos. Verdad es que los vecinos viven en perpétuo estado de defensa contra estas invasiones aladas, hasta el punto de que todos los escritorios y parages donde la quietud es precisa, se hallan protegidos por una especie de garitas hechas de tensa y espesa muselina, que sirven de reductos infranqueables contra el ataque de los cínifes.

No es preciso esfuerzo alguno para demostrar de qué modo serían mortales y aburridas, las horas extinguidas en Zaza, esperando la llegada del vapor. A las nueve de la noche, arribó el procedente de la Habana, conduciendo el correo para Sancti Spíritus y una vez descargado fuime tras los conductores á la administración en demanda de un periódico. Cuando llegué al correo, y al atravesar el umbral de la reducida estancia, donde numeros paquetes de cartas y de impresos, yacían en suelo, esperando turno de clasificación, dos ó tres hombres hablaban en voz baja y percibí distintamente estas palabras:

—Sí: han asesinado á Cánovas.

***

Una impresión de súbito estupor, de brutal sorpresa, golpeó mi cerebro y por un instante, creí que una alucinación llevaba hasta mi alma, las tremendas palabras apuntadas. Pedí un periódico y leí en él la infausta nueva. Era un cablegrama brevísimo, sin el menor detalle, pero el hecho infame, emerjía de él, con espantosa certidumbre. Una oleada de angustia y de ira, invadió mi ser: salí á la calle y allí, frente al mar, en la soledad de la noche, quedé mudo y confuso, repitiéndome sin decirlo:

—¡Han asesinado á Cánovas!

Falto de toda clase de pormenores, mi corazón de español me hacía ver á la infame rebeldía cubana, infiriendo á la patria herida incurable, al herirla en el pecho del hombre que significaba la guerra sin cuartel para los mambises en armas y los mambises laborantes.

Sentí por un instante, el choque nervioso con que abruman las grandes impresiones: contemplaba, sin verlo casi, aquel

mar amorosamente bañado por el primer reflejo de la luna, que salía grande y roja por encima de un abismo de nubes negras. Sentía dentro de mí, algo como el funesto pavor del soldado, que por un momento desfallece con el presentimiento de la derrota: creí que el astro de la noche, era la faz enrojecida del odio cubano, burlándose de nuestro triste destino, con una mueca impúdica y ultrajante; y el sordo murmullo de las olas al romperse en los postes del muelle, fingió en mis oídos, rumor imponente, aplauso, aún sofocado por el miedo, con que la insurrección que por todas partes lanzaba sus tentáculos de acero, daba saludo á la caída de aquel gran español.

¡La imagen de la Patria derrotada, pasó por mi alma con la rapidez de un relámpago!

⁂

Una travesía por las aguas del Sur, con buen tiempo y mar encalmada, constituye una serie de impresiones tan bellas y variadas, que no puede pedirse mejor sedante para los nervios en tensión, que aquel panorama, donde el mar, la tierra y el cielo, rivalizan en desplegar la pompa de sus magnificencias.

Deslízase el vapor, á muy poca distancia de la costa, á la que dan corona imponentes masas de montañas, engalanadas de eterno verdor; y como nuevo argonauta que procurase por entre encantadas islas, el vellocino ideal, navega el barco entre pintorescos cayos, que surgen de las olas como frondosos ramilletes, ricos en vírgenes espesuras, caprichosamente copiadas en aquellas aguas, tranquilas como las linfas de un golfo edénico, límpidas en tal grado, que desde la borda del vapor, se percibe la explosión luminosa de los rayos del sol, cuando llegan hasta el cercano fondo, para quebrarse, como sutiles dardos de oro, sobre el

lecho de rugosos peñascos, ó entre las maravillas de la flora submarina.

La calma augusta y apacible de aquellas horas, penetrando en mi alma, ahuyentó de ella sombras y tristezas. Volví á creer en la Patria fuerte, implacable, batalladora, jurando ante el cadáver del gran estadista, el aniquilamiento de la rebeldía, aunque con el último esfuerzo, ella también rodara desfallecida, sobre el enemigo destrozado, pulverizado, rendido á discreción. Me halagaba la idea de que en Cienfuegos, la capital más hondamente española de la Isla, el patriotismo y el dolor, habrían llorado, llorarían aún, ante los manes del ilustre muerto; y en esto pensaba, cuando el barco abocó la inmensa bahía en cuyo fondo, la perla del Sur, desplegaba el tropel de sus edificios. Puesto el buque á cuarto de máquina, las espléndidas márgenes de las hermosas ensenadas, desfilaban ante nosotros, con sus quintas opulentas, sus maizales tendidos en las vegas como esmeraldas colosales; el tren difuminándose, lejos, entre la dorada luz del medio día; y á la derecha, dominándolo todo, el castillo de Sagua, arrojando sobre el pueblo de su nombre, la sombra de sus

murallas; y allá, en lo más alto de la fortificación, la bandera española, izada á media asta en señal de duelo.

Sin poderlo evitar aquella enseña plegada y quieta y caída, por la calma absoluta del medio día, me produjo nuevamente desagradable impresión.

¡La idea de la Patria caída y derrotada pasó de nuevo sobre mi espíritu, como un celaje que surge negro y rápido desaparece!

X

Recuerdos de un Jueves Santo

Uno de los recuerdos más sombríos que de Cuba conservo, es el del Jueves Santo del año 98.

En aquél día, la humilde localidad que era mi obligada residencia, chorreaba agua por todas partes. Un temporal desecho nos azotaba desde principios de semana, y la lluvia, con tenacidad desesperante, entenebrecía el cielo, anegaba la tierra y ceñía las vecinas cumbres, con enormes masas de nieblas que á impulsos del viento, cabalgaban de monte á monte, como fantasmas ceñidos de blancos ondulantes ropajes.

La nota gris, repartida y repetida en

todas partes, parecía reflejo del estado de nuestro ánimo. Diríase que todas las vacilaciones, todos los temores, todas las tremendas tristezas que por entonces hacían presa en las almas españolas, tomaban forma en aquel día sin luz, perfilándose en aquella claridad plomiza. Por la solemnidad del recuerdo, era más profunda la intensidad de nuestro mal humor; y errando por las desiertas encharcadas calles, dimos en la plaza de la Iglesia y allí, con la mirada perdida en los turbios horizontes, amparados en el umbral del humilde templo, dejamos ir el pensamiento en pos de aquella España, luminosa y lejana, también perturbada á tales horas, en el solemne recogimiento de su Semana Santa, por la inminencia de un nuevo y tremendo conflicto, al ver á las armas norteamericanas alzarse en favor de la rebeldía de Cuba.

Eran las tres de la tarde. La hora clásica del Jueves Santo español; aquélla en que todos los templos abren sus puertas para que la pobreza y la humildad reciban en ellos el homenaje rendido por la Majestad de un Dios á sus discípulos, cuando al ungir sus pies, humilló hasta ellos la divina excelsi-

tud de su grandeza. También en aquella humildísima iglesia se rendía culto al precepto evangélico, y con deseos de contemplar la ceremonia penetrámos en el sagrado recinto.

No habría en él más de media docena de personas. En el pobre retablo del altar mayor, trono de la Hostia consagrada, tumba ideal de un Dios muerto en Cruz por desclavar de ella á la humanidad, ardían ocho ó diez luces, entre cuatro ramos descoloridos de flores artificiales. No alcanzaba á más la caridad de aquel pueblo, que necesitaba su dinero para comprar fusiles, empleados primero en herir á su Madre por la espalda, y fundidos luego, para construir la argolla ceñida á su cuello por el egoismo yanqui.

Amargaba el alma la pobreza de aquél monumento. En el centro del templo, fuéronse agrupando hasta doce niños, negros algunos de ellos, reclutados por el buen párroco del poblado para realizar la tierna ceremonia del lavatorio. A la hora litúrgica consumóse éste. La humildad del recinto, abrillantó la hermosura de la santa práctica y contemplamos con emoción punzante sus detalles conmovedores.

No fué el que menos impresionó nuestra alma, el de vér la respetable cabeza del párroco, rendida cerca del pie de un negrazo adolescente, esclareciendo con un beso de amor aquella masa de ébano, mientras otra cabeza cubierta de crespa cabellera y encendida por dos ojos, ardientes como tizones inflamados, se inclinaba con orgullosa curiosidad, para ver cómo la majestad de un blanco, orlado por la aureola de su divino ministerio, se postraba ante las rodillas de un negro. Dudo mucho que por el inculto cerebro de aquel joven y poderoso retoño de la raza africana, cruzara en tal momento la idea tierna y grandiosa de la igualdad ante la Cruz. Antes creo, que rebosaría en su pensamiento el júbilo feroz de verse besado en los pies por un representante de la raza, antes soberana, ahora próxima á caer con el estruendo de la más espantosa de las caídas.

Cuando salimos del templo, había cesado la lluvia. El sol destellaba, próximo á su ocaso, en el lejano Occidente, encendido por un reflejo color de púrpura, que se tendía sobre los campos anegándolos en una fulguración sangrienta. Fué un esclarecim[illegible] o

de relámpago, que duró breves instantes. La tarde volcó sus brumas sobre aquel sol que se extinguía: la noche vino y con ella el turbión continuó desesperante, monótono.

Interminables horas, aquéllas horas consumidas en el Casino, abrumados por el hastío más intenso, constantemente devorados por la misma angustiosa ansiedad. ¿Qué pasa en España en estas horas tremendas, decisivas para su Historia? Era la pregunta universal: y aunque aceptábamos la nueva guerra próxima, como un mal largo tiempo esperado y recibido con valor, todos, midiendo la suprema angustia de la Patria, sentíamos crecer en nuestras almas, nunca el desaliento, sí la amargura. En aquellos días, las esperanzas de paz decorosa, eran menos de hora en hora; y á dos mil leguas de Europa, ardíamos en ira impotente contra el cónclave de naciones, que con las manos atadas y el gesto de la conmiseración en la boca, asistían, como Pilatos á la pasión de Cristo, á la pasión y crucifixión de España.

Llegó el correo. Una noticia voló de boca en boca. El Supremo Pontífice de la Iglesia Católica, ofrecía su mediación augusta. Sen-

timos algo como el soplo de una brisa consoladora sobre las quemaduras que la sugestión de un coraje inútil y ciego nos hacía en el alma. Volvimos á creer un instante, en la eficacia del Derecho amparando á la España desgraciada. Patriotas y cristianos y creyentes, debimos á la Fe la hermosura de un instante consolador y para más de una alma soñadora, en aquella noche de Jueves Santo, tan triste y tan negra, brilló con dulces irisaciones la más pura de las auroras; ¡la de la esperanza!

XI

Con rumbo hacia acá

Era imposible dar un paso por la cubierta del «Colón», venerable unidad de la flota trasatlántica española, preparada para zarpar, con rumbo á la patria, en las primeras horas de la tarde del 19 de Octubre de 1898. Una compacta multitud rebosaba por todas partes. Comenzaba el triste exodo de los vencidos sin lucha: la tierra americana harta de sangre «goda», expulsaba la que no había embebido en cuatro años de guerra asoladora, terminada, como la tragedia de Montiel, por la intervención traidora, de nuevos y rapaces Dugesclines. El barco iba abarrotado, y bajo los toldos, tendidos de popa á proa, un hormiguero humano, llenaba el ambiente caliginoso, con el rumor de

sus conversaciones, sudando, asfixiándose, entre la calma bochornosa de una tarde otoñal, húmeda y nublada. En la proa, se estrujaban cientos de soldados, trasegados de los hospitales, rebosantes de enfermos después de los meses de bloqueo. Míseros despojos del clima y de la guerra, allí se revolvían, los que aun conservaban fuerzas para sostenerse en pié. Densas filas, apoyadas en las bordas, recibían entre alegres risotadas y gritos ensordecedores, las frutas del país, que desde el mar, les arrojaban los vendedores negros y mulatos, que alrededor del trasatlántico, movían sus miserables botes. En el centro del espeso grupo, yacían los febricitantes, que habiendo eludido por aquel día, su ingreso en las clínicas, clavaban, á la hora suprema de partir, en las alegres perspectivas de la bahía, rientes como un insulto á sus dolores, los ojos, cargados por la congestión de la calentura: los que heridos por el frío periódico del paludismo, tendíanse encima de las tablas, arrebujados, liados en sus mantas, y bajo ellas, temblaban con rápido extremecimiento: los anémicos, los agotados, inmóviles en un rincón, escuálidos y terrosos, con el ancho sombrero

de yarey, derribado sobre el marmóreo semblante; sombríos bajo la depresión del marasmo; mudos, ante aquella alegría, que estallaba en torno suyo.

A partir de la proa, parecida confusión. El pasaje oficial y el particular, ambos numerosísimos, se agitaban entre las efusiones de la despedida: los que á ninguna nos debíamos, dábamos empleo á nuestra curiosidad indiferente, estudiando el medio, que en verdad, para una observación sutil, habría sido fecundo en provechosas deducciones. Arribaban sin cesar, nuevos grupos de pasajeros. Parecía que desde todas las almas, saltababa á todos los rostros, una nota dominante; el ansia de partir pronto. Aquello era, la leyenda española, vuelta del revés. Siglos enteros de asaltar las playas americanas, con la avaricia del llegar, cuando el oro y la prosperidad, ejercían de relumbrantes señuelos. Impulsos locos de partir, cuando la catástrofe, levantaba su azote sobré las espaldas de aquella multitud, donde muchos logreros enriquecidos, indiferentes en la hora del peligro, huían cobardes, para llevar á Bancos intangibles, las riquezas, acaso en peligro, en aquella hora negra y

suprema, en que una nación desventurada liquidaba en bancarrota, el último saldo de sus riquezas coloniales. Aquel trasatlántico, llenándose hasta los topes era un símbolo. El desastre implacable nos arrojaba á latigazos. Como los israelitas peregrinaron por los desiertos de arena, íbamos á peregrinar por los desiertos del Atlántico, y más infortunados que el pueblo hebreo, presentíamos que no nos esperaba la próvida tierra prometida, sino la tierra exhausta de sangre, seca ya de ideales, profanada por la espuela del vencedor, en la augusta virginidad de sus leyendas de heroismo y de bravura.

No podía faltar, y no faltó en aquel cuadro abierto á nuestra observación, la nota, que no me atrevo á llamar sentida, y llamaré sentimental.

Vimos avanzar una lancha, amplia y cómoda, y en ella, un hermoso montón de uniformes de rayadillo, dibujando delicadas curvas y turgentes contornos. Cuando fué posible precisar, comprendimos que era una comisión de señoras, de no se que asociación, que venían á dar á los soldados, el último donativo. Subieron la escala, y penetraron en el buque, bellas y gallardas, entre espesas

filas de admiradores. Resultaban espléndidas, bajo la tonalidad de aquellos vestidos, remedo del uniforme español, coquetamente diseñado por la tijera de algún modisto humorista. Produjeron verdadero efecto

Se asomaron á la proa, penetrando entre aquel montón de soldados. Aquellas damas, sonrosadas por la frescura de la juventud, iluminadas por el brillo de la hermosura, descurrieron, alegres y sonrientes, entre aquella carne de cañón, aplastada y maltrecha por la guerra, como un ingerto de teatral alegría, en una tristeza negra y profunda; y por algunos momentos las faldas de rayadillo, sedoso y satinado caídas en sabios pliegues, desde los talles firmes y esbeltos, se destacaron, duramente, entre aquel otro rayadillo, manchado por el barro de los campamentos, roto por el trajín de la guerra, y más parecido, sobre el cuerpo de aquellos extenuados, á siniestra mortaja, que á marcial uniforme.

Sonó el cañonazo anunciador de la llegada del correo: izaron al «Colón», en serie interminable, abultadas sacas de correspondencia, y cuando ya toda la gente extraña al pasaje, había abandonado el buque, se es-

parció la voz de que superiores disposiciones, aplazaban la salida por unas horas, á causa de que los Observatorios meteorológicos, anunciaban el inmediato paso de un ciclón.

Permanecimos, pues, en forzosa quietud anclados en la bahía, y en las horas de la alta noche, desde las bandas del barco, gozamos, por vez postrera, las negras calmas de la oscuridad, bajo el cielo de América. Por estribor, la Habana se diseñaba como una red luminosa, tejida con los haces deslumbrantes de la luz eléctrica. A babor, las imponentes masas del Morro y la Cabaña, surjían como gigantes, caídos en la oscuridad. Por la proa, desde las profundas lejanías del mar, llegaba el rudo zumbido del viento y el de las olas, cayendo unas sobre otras, como colosales montañas desplemadas en incesante derrumbamiento, y que dentro de la bahía apenas si reflejaban sus forminables convulsiones, en el ondular de las aguas, intenso y sostenido, como iracunda palpitación, enfrenada por las márgenes de aquel dilatado golfo.

Por la popa, la inmensa ensenada reposaba también. Rompían la sombra, las luces

de situación de los buques, y resonaba, á breves intérvalos, la campana del crucero «Alfonso XII», con los toques reglamentarios de vigilancia. El silencio se hizo pronto, solemne y absoluto. Cerca de mí, fué perturbado en el mar, por un suave chapoteo de remos. Se acercaba un bote, que recibió á su bordo, un bulto, descolgado desde un portalón de proa. Comprendí pronto. Era un cadáver procedente de las enfermerías del «Colón». De cuatro arrancadas, la embarcación se puso en tierra. ¡Cuba no perdonaba ni una víctima! Aquella era suya, y la hacía surjir para sí, desde los repletos sollados, donde mil quinientos enfermos, soñaban en aquellas horas con la visión, lejana y riente, de la Patria.

⁂

A las siete de la mañana, se levaron anclas, y el «Colón» enfiló lentamente la angosta bocana, que limitan de un lado, la

fortaleza del Morro y de otro la batería de la Reina. Todas las perspectivas de la Habana, destacándose bajo la transparencia límpida del cielo, y entre la luz dorada de la mañana, comenzaron á desplegarse ante nosotros, como en la cinta de un cinematógrafo.

Los muelles, repletos de gente: las fortificaciones de la Punta, con sus piezas de artillería, poderosas, soberbias, grandes y tendidas como Hércules sentenciados á dormir en perpétua inacción;... las playas del Vedado, festoneadas por la greña espumante de las olas; salpicadas por espléndidos palmerales, ceñidas por el fulgor irisado, que el sol arrancaba en los acristalados cierros de las quintas perdidas entre el boscaje; y como fondo inmenso, el caserío de la gran metrópoli antillana.

Pronto enfilamos el Morro, altivo y sombrío encima de una roca ingente, y rugosa, como si el golpear de los siglos, hubiese marcado sobre ella las cicatrices, ganadas en tantas y tantas luchas, sostenidas desde allí, siempre en honra y gloria de la raza española. El Morro, levantándose abrumador sobre los mares de Occidente, semejaba, con su

gran faro, chispeando al sol, un cíclope, hollando con sus piés las cóleras del Occéano; ceñido en su frente por la bandera española. Allí flameaba todavía. Ráfagas ciclónicas la azotaban con furia. Pasamos tan cerca, que percibimos el crujir de la tela. Parecía nuestro pabellón, una mano agitada locamente en un adiós desesperado; ¡y tenían aquellos chasquidos, algo del crujir de una bofetada!

Pronto el buque aumentó su marcha.

A las dos horas, las costas cubanas, solo eran para nosotros una línea, que parecía ondular en la movible espalda del Occeano.

Con el auxilio de los gemelos de campaña, aun acertamos á ver flotar por última vez nuestra bandera, leve trazo de sombra difuminado sobre un punto; el faro del Morro, perdido en la brumosa lejanía.

Pocos momentos después, avanzábamos por la soledad del mar inmenso; y lo que es peor, avanzábamos marginalmente al temido ciclón, sufriendo, sino sus rigores, molestias reflejas, capaces para hacer la navegación, no ya molesta, en extremo atormentadora.

El mar sosegado; el cielo luminoso; las

las azules calmas de los días bonancibles, en que la inmensidad del Atlántico, resplandece con la más dulce de las hermosuras, la hermosura de la Naturaleza, fueron un mito para nosotros, hundidos perpetuamente, en las tonalidades grises de un cielo sombreado por la borrasca; azotados por un implacable oleaje, que metía por todas partes, turbiones de hervorosos espumarajos; sacudidos por el embravecido aliento del vendabal; rompiendo penosamente, con la fatigada proa, aquellas masas de agua, imponentes y furiosas, que en tumulto ensordecedor, venían, empujándose unas á otras, al asalto de aquel buque, haciéndole crugir hasta en la trabazón de sus cuadernas.

Las torturas del pasaje, excepción hecha de algunos temperamentos privilegiados, fueron en ciertos instantes, verdaderamente angustiosas; pero donde llegaban á recordar los suplicios del infierno, era en los sollados, en aquellos abismos escavados en las entrañas del barco, donde mil quinientos enfermos, se revolvían entre toda suerte de desventuras, en las interminables horas de la navegación, encajonados en sus literas, ordenados como en estantes de librería, don-

de la desgracia encasillara, cuantos ejemplares de atormentadoras dolencias, quebrantan y rompen, la fragilidad de la materia viva.

Yo no he sentido jamás, tan poderosos impulsos de vehemente, de fraternal compasión hacia el soldado, como en las inacabables visitas de aquellas, que sin faltar á la verdad, podrían llamarse clínicas submarinas. En las literas, angostas y profundas, hundíase el cuerpo del enfermo, como el ataud en la sepultura. Allí, sobre las duras colchonetas, batallaban los infelices, con los dolores de su enfermedad, y las bascas del mareo.

Todos los cuidados de la Higiene—y ninguno era escatimado,—no bastaban á evitar el mefitismo del ambiente. Aquel espacio, que en los días—y lo fueron casi todos—de tiempo duro, permanecía incomunicado con el aire libre, por la forzosa clausura de las escotillas, resultaba asfixiante, á pesar de los tubos y mangas de ventilación. Allí, con limitada atmósfera respirable, á la pálida luz de los focos eléctricos, se practicaban las visitas diarias.

Muchas veces, al recorrer una serie de li-

teras, la marmórea frialdad de unos pies, ya proyectados con dura rijidez, denotaban la muerte. ¡Uno menos en la repleta enfermería! Subíanlo, después del depósito reglamentario, á la cubierta de proa, ya enfundado en una lona fuertemente cosida, y envuelto en su manta y con dos lingotes de plomo, sujetos á las piernas. Recuerdo haber presenciado el enterramiento en el mar, de algunos de aquellos desventurados. Era asunto de breves momentos. Entre los convalecientes, entre los sanos, que pasaban el día, en cubierta, jugando á la Lotería de cartones, yacía en el suelo, próximo á una lumbrera, un bulto cuidadosamente empaquetado, que apenas si delataba la forma humana. Apareció el sacerdote, revestido de estola y sobre pelliz, seguido de un grumete, portador de un farol y del hisopo, y de dos marineros conductores de una tabla. Se hizo el silencio, pusiéronse todos en pié y todos se descubrieron.

Los dos marineros, colocaron la tabla apoyándola perpendicularmente á la borda y sobre aquella pusieron el cadáver. El sacerdote, murmuró una oración, salpicó al muerto con agua bendita, levantaron para for

mar declive, la extremidad libre de la tabla, y por aquel plano inclinado, resbaló con lentitud el cuerpo inerte. Vi como en el espacio, volteó hundiéndose de cabeza en las aguas. Se abrieron un momento, lívidas y verdosas, bajo su peso. Luego negreó entre ellas, algo como una sombra, barrida en un instante, por el oleaje que rompía en los costados del buque.

El «Colón» seguía su marcha y sobre la proa, el tropel de soldados, seguía siempre gritando con monótona canturria, los números de la Lotería.....

⁂

Lentos, amargados por el hastío, prolongados por la impaciencia pasaron los días siempre grises, sombreados por la niebla. Fueron muy contadas las horas en que el sol, disipando la cerrazón, tendía el pabellón dorado de sus rayos, tocando el cielo y el

agua, con el maravilloso azul de los días plácidos y bonancibles. Entonces el pasaje, parecía renacer á nueva vida, y desde el fondo de las enfermerías, hasta los altos puentes, circulaban, como oxigenada corriente, la alegría de las almas, y la actividad de los cuerpos.

Entonces, los convalecientes, pálidos y enflaquecidos, comenzaban á surjir al aire libre, como galvanizados cadáveres, evocados por el beso de la luz, desde la oscuridad de sus tumbas. Entonces, en las negruras de los sollados, reía un rayo de sol, y alentaban, entrando por las escotillas, bocanadas de brisa, tibia y húmeda, que en la retina y en los pulmones de los enfermos, dejaban chispas de vida y acres efluvios del mar, despertadores de la sangre, agitada por ellos en nuevas actividades, nuncios de la fuerza y la salud. Entonces, toda la ancha cubierta, hervía de gente, ávida de moverse, de comunicarse, deseosa de actividad; y por unas horas, desde la popa á la proa, el bullicio y la animación reinaban con alegre imperio.

¡Efímero reinar! Pronto, densa celajería entoldaba el sol, proyectándose como negras manchas, mecidas por amplias ondulacio

sobre las ondas del mar, aun sosegadas y azules. Ráfagas poderosas, saltaban de allá, de Occidente, como si, perseguidoras incesantes, volasen tras de nosotros, y pasaban sobre el barco, levantando en toldos y aparejos, silbos extraños y roncos zumbidos; y el Océano, cual si las alas del viento, le hostigasen con latigazos iracundos, se alzaba á su vez, torvo y encrespado, tendiéndose desmelenado, por encima de las bordas y recluyendo de nuevo el pasaje, en cámaras y camarotes, allí donde los golpes de la hélice, sonaban con dura uniformidad, como si fueran los poderosos latidos con que se movía el corazón del buque, en aquella prolongada lucha, por tanto tiempo sostenida.

Al fin una tarde, circuló la nueva deseada. ¡Mañana veremos tierra! Aquella noche, la última que pasábamos sobre el Atlántico, la impaciencia debió desatar en mucho corazones, borrascas más violentas que las sufridas por el «Colón». Aquella noche, muchos, pasaron muchas horas, de pechos en las bandas, interrogando con ansiedad febril la bruma impenetrable del horizonte. En los sollados, silenciosos, palpitaba con doble intensidad la emoción de la llegada.

¡Cuántos delirios calenturientos, arderían en aquellas horas, con el suave color de los crepúsculos, arrebolados por el sol de la pátria, en el valle natal: teñidos amorosamente por el fuego del hogar, centelleando bajo la vieja chimenea á cuyo amparo en la cruda noche invernal, los viejos progenitores se sientan, para hablar, llorando, del hijo ausente!

Con la primera luz del alba, sentimos al día siguiente, la impresión tanto tiempo soñada, Comenzaba á rayar una aurora de Noviembre, triste y brumosa. En las profundidades del horizonte, fulguraba con azulado resplandor, un lampo luminoso; y bajo él, una línea de sombra, acusándose duramente, señalaba el perfil de la costa española. Aquel leve trazo, se hizo pronto ancho feston, donde las rocas bravías del litoral gallego, se dibujaban, reluciendo bajo la espuma del mar, que parecía espolvorearlas con lucientes átomos de plata: pronto se distinguieron las anchas playas, y sóbre ellas, los montes cortados por extensas barrancas; salpicados de blancas viviendas; ceñidos de apretados bosques; y cuando en un momento, ya disipada la niebla, la mañana resplandeció, y

tierra surgió, clara y distinta, orlada de verdes prados, y coronada de poderosas cumbres, una aclamación vehemente, atronadora, brotó de aquel barco, de aquel pobre «Colón», fugitivo del indiano suelo, peregrino hácia el nativo solar, y cargado al avistarle, de enfermos y de vencidos.

Ya estaba Marineda á la vista. La hermosa Marineda, la ciudad amada y favorita del ceñudo mar del Norte. Los vídrios de sus hermosos cierros, levantados frente á bahía, chispeaban heridos por el sol, y como pájaros de luz, ondulaban, lejos, en el aire, constelaciones de vivos destellos.

. . . .

Desembarcamos en breve.

Al arribar al muelle, un apretado grupo interceptaba el paso, rodeando á una pobre mujer, enlazada con desesperado abrazo, á una camilla, donde yacía un infeliz soldado, fallecido en la barcaza, que desde el vapor, transportaba los enfermos.

Aquella madre sin ventura, henchía los aires con un lamento, que á veces vibraba con la fiereza de un rujido.

Al verla, desmelenada, manchada por el cieno del suelo, enloquecida y agónica, gi-

miendo sobre aquel hijo, que gravitaba sobre sus rodillas, como el Cristo muerto gravita sobre la Madre Dolorosa, parecióme que aquel grupo, donde el dolor y la muerte se besaban, era la triste imagen de la patria, la madre de todos, ¡llorando, á orillas del mar, abismo de su caída, sobre el cadáver de sus glorias y el polvo de sus grandezas!...



ÍNDICE

(1) Por un error de imprenta se ha repetido, cuando ya era imposible la corrección, la numeración del Cap. VIII, que en realidad es el IX, siendo por tanto doce los que constituyen la obra.



÷ Precio: 1'50 ptas. ÷